

El descontento frente a la ciudad industrial: reformismo social y “ciudad jardín” en España, 1900-1923

● JOSÉ LUIS RAMOS GOROSTIZA
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

El modelo de “ciudad-jardín” de Ebenezer Howard (1850-1928), expuesto en su obra *Mañana: una vía pacífica hacia la reforma social* (1898), puede considerarse la culminación de la corriente de pensamiento crítico con la ciudad industrial que se desarrolló en Gran Bretaña a lo largo del siglo XIX, aunque en sí mismo no fuera ni anti-industrialista ni anti-urbano. Lejos de ser simplemente un mero diseño urbanístico de baja densidad, dicho modelo era en realidad toda una apuesta de reforma social basada en planteamientos moderados y gradualistas, que buscaba superar conflictos de clase. Como luego ocurriría también en otros países, las ideas reformistas de Howard atrajeron inicialmente la atención de un amplio espectro de opinión en Gran Bretaña –desde socialistas fabianos a reformistas conservadores y empresarios con inquietudes sociales–, pues eran reflejo y síntesis de una serie de preocupaciones que se habían desarrollado en el país durante las últimas décadas del siglo XIX (reforma de la tierra, movimiento cooperativo, etc.).

Aunque los dos intentos prácticos de realización de las ideas de Howard –Letchworth y Welwyn– se alejaron de sus propuestas originales y el término “ciudad-jardín” acabaría distorsionándose luego por completo –empleándose muy lejos de su sentido inicial e incluso llegando a convertirse en un simple reclamo publicitario–, la influencia de Howard en el campo de la planificación regional y urbana en el siglo XX fue importante¹, además de dejar huella en des-

1. Parsons y Schuyler recogen algunas ponencias de un simposio celebrado en 1998 en Ithaca (Nueva York) con objeto de discutir precisamente el legado de las ideas de Howard a lo largo del siglo XX. Parsons y Schuyler (2002).

Fecha de recepción: Noviembre de 2006
Versión definitiva: Febrero de 2008

Revista de Historia Industrial
N.º 37. Año XVII. 2008. 2.

tacados urbanistas como Geddes, Unwin o Mumford. Pero al margen de esto, resulta significativo que el libro de Howard consiguiera suscitar en su propia época un notable interés en países tan diversos como Alemania, Francia, Rusia, Japón, Estados Unidos o Australia, constituyéndose entre 1900 y 1923 un amplio movimiento internacional de ciudades jardín.

En España, sin embargo, aunque existió la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín, las ideas de Howard –introducidas por Cebrià de Montoliu desde 1912– despertaron escasa atención en comparación con lo ocurrido en otros países durante la época dorada del citado movimiento. Y ello a pesar de que en principio parecían darse las condiciones para una recepción más favorable, pues existían diversas corrientes reformistas –como el krausismo, el catolicismo social o el georgismo– que, compartiendo un mismo desencanto frente a la nueva realidad urbana y su problemática, estaban comprometidas en mayor o menor medida con muchas de las cuestiones que Howard planteaba en términos moderados y gradualistas (superación del conflicto social, revitalización de la vida rural, cambios institucionales relativos a la tierra, etc.). Sólo de forma tardía, cuando ya el movimiento internacional de “ciudades-jardín” se había diluido por completo en los años treinta y las ideas de Howard se consideraban superadas en Europa, su visión del “urbanismo orgánico” fue retomada en España por los anarquistas, como ha estudiado en detalle Masjuan². Este trabajo pretende, precisamente, analizar el porqué del escaso impacto que las ideas de Howard tuvieron en España en el primer cuarto del siglo XX, más allá del hecho de su menor grado de urbanización frente a otros países occidentales.

La reacción frente a la ciudad industrial en Gran Bretaña

La oposición campo-ciudad es una constante en el pensamiento occidental desde la Antigüedad greco-latina. De entonces parte la tradición bucólica que enfrentaba la simplicidad de costumbres y la pureza moral del campo con la corrupción y ansiedades propias de la urbe. Dentro de esta tendencia se pueden encontrar autores como Teócrito de Alejandría, su seguidor Virgilio o el contemporáneo de éste, Horacio, el cantor de la vida retirada que idealizó la vida campestre en sus *Odas*, aunque paralelamente en sus *Sátiras* y *Epístolas* ofreciera una visión realista de las molestias e incomodidades del campo³. El Renacimiento supuso esencialmente un redescubrimiento de la vida urbana y de la ciudad como foco de libertad individual y civilización, idea que se mantuvo perfectamente vigente hasta finales del siglo XVIII, si bien al mismo tiempo –continuando con la vieja tradición horaciana– pervivió el tópico del “menos-

2. Masjuan (2000), pp. 161-187.

3. García Castañeda (1992), p. 1177.

precio de corte y la alabanza de aldea”. Así, todavía en el siglo ilustrado la exaltación de la naturaleza aparece vinculada en la literatura bucólica al tema del *buen salvaje* y la primera edad de oro, y en ella se contraponen el bárbaro-bonadoso, que vive en armonía con su medio disfrutando de las virtudes, el sosiego y los prosaicos goces de la vida campestre, al civilizado-corrumpido⁴. Pero también hubo una notable literatura anti-bucólica, elaborada a veces por autores que pasaron de idealizar el campo a satirizarlo, al vivir en sus propias carnes el tedio y las inclemencias de la vida rústica.

Sin embargo, con la industrialización, al ir progresando el proceso de urbanización y el desarrollo de las grandes aglomeraciones, la tradicional oposición campo-ciudad adquirirá nuevas dimensiones, pues la ciudad industrial suponía un tipo de concentración humana hasta entonces desconocido, con nuevos problemas de salubridad e higiene, seguridad pública, sociabilidad e integración, movilidad, incremento sostenido de los valores del suelo, etc. Es decir, el capitalismo industrial del siglo XIX transformó tan rápida y radicalmente la idea de ciudad en lo cuantitativo y cualitativo, que la urbe industrial había de suscitar necesariamente diversos tipos de reacciones. Éstas, reflejo del “malestar urbano”, fueron en realidad parte de la respuesta –de carácter más amplio– frente al industrialismo y al sistema de libre empresa que lo sustentaba, y lógicamente fue en Gran Bretaña donde primero y de forma más importante se planteó el debate en torno a los retos impuestos por las grandes aglomeraciones (hacinamiento, insalubridad, marginalidad, etc.)⁵.

Las primeras críticas a la ciudad industrial nacían del movimiento romántico, apoyadas esencialmente en argumentos de carácter ético. William Wordsworth (1770-1850) fue uno de los primeros que arremetió contra el mundo urbano que iba emergiendo en la nueva era industrial. Cantor de la naturaleza como muchos otros miembros del movimiento⁶, lo que enfatizó sobre todo en su crítica de la gran ciudad no fue, sin embargo, la degradación del entorno que derivaba del

4. Abellán (1981), p. 634.

5. Hirschman (1992), p. 5. En Inglaterra, el continuo y rápido desarrollo de Londres fue superado por el crecimiento aún más rápido y explosivo de las nuevas ciudades industriales del norte. Entre 1821 y 1841, Londres creció un veinte por ciento; Manchester, Birmingham, Leeds y Sheffield más de un cuarenta por ciento; y Bradford, el setenta y cinco por ciento. Estas ciudades, que vivieron por tanto un incremento descomunal en su población entre 1820 y 1850, se desarrollaron estrictamente como “sitios de trabajo”, tanto en lo físico –con el dominio de las molineras y maquinarias, el humo que ennegrecía los edificios y los desechos que teñían los ríos–, como en el plano social –con la organización de las “viviendas” alrededor de fábricas y talleres. A mediados del siglo XIX la población urbana de Inglaterra era ya mayor que la población rural, aunque en 1871 todavía más de la mitad de la población vivía en ciudades de menos de veinte mil habitantes; sólo algo más de un cuarto habitaba en ciudades de cien mil habitantes. Williams (2001), pp. 200-201, 273- 276.

6. “Mientras el campo predominó, el culto a la naturaleza no podía tener sentido; formando parte de la vida, no había necesidad de que constituyera un tema especial de pensamiento. Fue solamente cuando el hombre se encontró encerrado por su metódica rutina urbana y privado en su nuevo ambiente urbano de la vista del cielo y de la hierba y de los árboles, cuando el valor del campo se le manifestó claramente”. Mumford (1982), p. 317.

industrialismo, sino la pérdida de identidad en medio de la multitud, su disolución en una “masa” dominada por la prisa y el tráfico constantes⁷. Otros poetas románticos como Samuel T. Coleridge (1772-1834) o Robert Southey (1774-1843) se fijaron sobre todo en la atomización social que acompañaba al crecimiento de las ciudades paralelo al avance del industrialismo. Es la idea de aislamiento urbano y pérdida del sentido de comunidad que también denunciaría Thomas Carlyle (1795-1885), quien además describió la ciudad como el escenario en el que encontraban su máxima expresión el individualismo exacerbado y la despiadada competencia capitalista: “Allí en sus pequeñas celdas, divididos por separadores de ladrillo o de tabiques, están sentados como extraños [...] Es una enorme suma de pequeños sistemas [...] cuyos miembros no *trabajan* juntos, sino que *luchan* en constante arrebatiña unos contra otros”⁸. El excesivo materialismo y la pérdida de valores espirituales fueron asimismo males que los románticos vieron encarnados en las nuevas ciudades industriales⁹. Por otra parte, el medio urbano era considerado con carácter general como moralmente problemático, pues se entendía que un entorno tan degradado como el de las superpobladas barriadas industriales había de favorecer necesariamente la degeneración moral¹⁰.

Dentro de la reacción romántica frente a la urbe industrial hay que situar también a John Ruskin (1819-1900). Impulsor junto a A.W.N. Pugin del neogótico como respuesta a la estética fabril¹¹, y feroz crítico como su admirado Carlyle de la economía clásica y del capitalismo industrial, fue quien —según sostiene Lang— puso los cimientos de lo que luego sería la idea de la ciudad-jardín, aunque sus escritos sobre

7. “Lo que la poderosa ciudad es en sí misma / [...] un mundo indistinto de hombres, / los esclavos que corren sin pausa tras pequeños afanes, / viviendo en medio del mismo flujo perpetuo / de objetos triviales, fusionados y reducidos / a una identidad, por diferencias / que no tienen ley, ni sentido, ni fin” (citado en Williams, 2001, p. 199). Este fragmento procede de Preludio (Libro VII, “Residencia en Londres”), que Wordsworth escribió inicialmente entre 1799 y 1805. Luego lo revisó en 1850 acentuando los muchos fragmentos desdeñosos sobre la ciudad que contenía el poema original, aunque sin modificarlos en lo esencial (el texto completo del libro VII está disponible “en línea” en la dirección <http://www.bartleby.com/145/ww293.html>).

8. Citado en Williams (2001), pp. 271-272.

9. Como señala Hays, la crítica a los valores materialistas asociados a la ciudad y el industrialismo fue particularmente importante en el caso de Estados Unidos entre 1865 y 1890, con una reacción que tomó diversas formas en revistas como *Nation*, *Atlantic* o *Century Hays* (1995), pp. 94-97. Se consideraba que los elevados ideales y valores de la civilización americana estaban sucumbiendo ante un creciente materialismo. Si en 1860 el porcentaje de población urbana de Estados Unidos era del 19,77%, en 1890 éste se había elevado al 35,10%, y para 1920 era ya del 51,17% Haines (2000), p. 189. Sin embargo, variaba mucho por zonas. En el noreste, donde la urbanización fue más rápida e intensa, ya en 1850 el 26,5% de la población era urbana Hays (1995), p. 54. Schama considera que el conservacionismo americano nació en gran medida como reacción a la civilización urbano-industrial de finales del siglo XIX. Schama (1995), p. 7. Así, para John Muir y Henry Thoreau muchas de las tierras aún salvajes del Oeste representaban el mejor antídoto frente a los venenos de la nueva sociedad que estaba surgiendo. Como señalaba Thoreau, “*en lo salvaje está la preservación del mundo*”.

10. En especial en los terrenos sexual y cívico. Véase Valverde (1991), pp. 130 y 133-134. A finales del siglo XIX, incluso se llegó a hablar de la degeneración física y racial que podía acompañar a la vida en los suburbios obreros.

11. Dixon y Muthesius (1988), p. 22.

urbanismo hayan sido oscurecidos por los que dedicó al socialismo y a la crítica de arte y por un estilo poco directo. Ruskin, desde una posición medievalizante, atacó la ciudad industrial –entre otras cosas– por su suciedad y fealdad estética, su ruptura del sentido comunitario, su desconexión con el entorno natural y su crecimiento más allá de la escala humana, y también criticó la producción estandarizada y en masa que acababa con la belleza, calidad y creatividad del trabajo artesanal. En 1871 fundó el St. George’s Guild, una organización caritativa para poner en marcha sus ideas de reforma social, entre ellas la creación de viviendas para trabajadores que respondieran a cualidades estéticas, ambientales y sociales. Poco antes, en una conferencia dictada en 1868, había apuntado ya en la dirección de lo que luego sería la idea de ciudad-jardín¹³. La influencia de Ruskin en el inclasificable William Morris (1834-96) –promotor de la Liga Socialista, miembro de la Hermandad Prerrafaelita¹⁴ y fundador del movimiento *Arts & Crafts*–, fue directa e importante. Sus críticas a la sociedad industrial son muy similares a las de Ruskin¹⁵ y en su novela utópica *Noticias de ninguna parte* (1890) aparece un ideal urbano limpio, descentralizado, a pequeña escala, entreverado de naturaleza y con un cuidado diseño estético en las construcciones, muy cercano a lo que posteriormente plantearía Howard¹⁶.

Por otra parte, hay que hacer referencia a la pléyade de novelistas que desde mediados del siglo XIX se centrarían, como base temática, en la imagen de oscuridad, sordidez y miseria de la ciudad y el mundo fabril, con sus problemas de insalubridad y hacinamiento¹⁷. El más destacado fue, por supuesto, Charles Dickens

13. En concreto se trata de la conferencia “The mystery of life and its arts”, dictada en Dublín en 1868 y recogida en el capítulo III de Ruskin (1998[1894]).

14. La Hermandad rechazaba la producción industrial en las artes decorativas y la arquitectura, propugnando a cambio un retorno a la idea de artesanía medieval, a la que consideraba con rango de arte.

15. Véase por ejemplo Morris (1997), pp. 81-111, 147-188.

16. Morris –con una visión entre medievalizante y en parte anticipadora de la ciudad-jardín– nos habla de un Londres del siglo XXI donde los suburbios “se han dispersado en el campo circundante”, formando pequeños poblados y aldeas separados, y donde los pueblos más pequeños de los alrededores han sobrevivido sin ser engullidos por una gran metrópoli. “*Las fábricas de jabón, con sus altas chimeneas que vomitaban negro humo, habían desaparecido; los talleres de metalurgia, las fundiciones de plomo, las tenerías, todo había desaparecido, y el viento del oeste no traía del Thornecroft ningún ruido de las máquinas y de los martillos de la fábrica de clavos*”. Morris (2004[1890]), p. 89.

17. Por ejemplo, Elizabeth Gaskell (1810-65), que en novelas como *Mary Barton* (1848) describió Manchester, una ciudad dominada por la producción industrial y los duros conflictos de clase; o Charles Kingsley (1819-75), quien en *Alton Locke* (1850) hizo una agria exposición de la fábricas textiles en las que se explotaba a los obreros y presentó de forma apocalíptica los arrabales de Londres; o incluso Benjamin Disraeli (1804-1881), que situó *Coningsby* (1844) o *Sybil* (1845) en las duras ciudades industriales del norte. Más tarde cabría citar, entre otros, a autores como George Gissing (1857-1903), cuyas *Demos* (1886) o *The Nether World* (1889) presentaban la muchedumbre de la gran ciudad –el Londres “lóbrego, pululante y corrompido”– como una “fuerza de trabajo” indiferenciada, una “masa” degradante de la que el individuo debía tratar de escapar; o Thomas Hardy (1840-1928), que subrayó la falta de conciencia colectiva o sentimiento común en la gran ciudad. Aún en 1899, en *A Story of the Days to Come*, H.G. Wells (1866-1946) se refería al “vasto crecimiento lunático [de las ciudades] que produce un torrente cada vez más profundo de salvajismo en las capas inferiores”. Williams (2001), pp. 271-290 y 339).

(1812-70). En la descripción que hizo en *Tiempos Difíciles* (1854) de la ciudad industrial de Coketown (Preston), destacaba ante todo la omnipresente suciedad del humo y las cenizas y la uniformidad opresiva y utilitaria de calles y construcciones como reflejo del nuevo orden industrial¹⁸. Tal visión se inscribía, de algún modo, dentro de la confusión prevaleciente en la época entre la idea de ciudad y la de industria, que tenía su base en las nuevas villas industriales que se habían expandido con rapidez alrededor de lo que poco tiempo antes había sido un pequeño pueblo. En cualquier caso, dicha descripción contrastaba con las que hizo el propio Dickens de Londres, en las que –junto a las miserias de los barrios bajos– enfatizaba la enorme diversidad de la vieja metrópoli. Ello se debía quizá a que Londres –a la que muchos autores calificaban de “monstruo” o “gran tumor”–, era sobre todo un gran centro de finanzas, comercio y distribución, y no una urbe industrial al uso –aunque su *East End* se fue transformando poco a poco en una zona marcadamente industrial con muelles, ferrocarriles y canales, el “Londres más oscuro”.

En el ámbito de los ensayos, destacó especialmente el célebre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) de Engels, donde –además de hacer referencia a la dureza de la vida de los trabajadores industriales– criticó también la gran ciudad enlazando con lo que habían sido los planteamientos de los románticos respecto a la atomización y deshumanización del presuroso mundo urbano¹⁹. Posteriormente, en su *Contribución al problema de la vivienda* (1873), Engels denunció el creciente contraste campo-ciudad y el dominio de ésta sobre aquel –dominio al que ya se hacía referencia en el *Manifiesto Comunista* de 1848. Pero no planteó ninguna alternativa concreta a la gran ciudad, limitándose a predecir su desaparición cuando fuera abolido el modo de producción capitalista, y añadiendo que dicha desaparición –que supuestamente permitiría dar solución a problemas urbanos como el de la vivienda– llegaría mediante una especie de “disolución” de las grandes urbes en el resto del territorio²⁰.

18. Dickens (1981[1854]), p. 45.

19. “*El tumulto de las calles tiene ya algo de desagradable [...] Estos centenares de miles de individuos de todas las clases y de todas las condiciones, urgiéndose los unos a los otros [...] avanzan juntos como si no tuvieran nada de común [...] sin que ninguno se digne a lanzar una mirada al otro. La brutal indiferencia, el duro aislamiento de cada individuo en sus intereses privados aparecen tanto más desagradables y chocantes cuanto más juntos están estos individuos en un pequeño espacio [...] El desdoblamiento de la sociedad en mónadas, de las cuales cada una tiene un principio de vida aparte y un fin especial, el mundo de los átomos, es llevado aquí a sus últimos extremos*”, Engels (1976), pp. 55-56.

20. “*No es la solución de la cuestión de la vivienda lo que resuelve al mismo tiempo la cuestión social, sino que es la solución de la cuestión social, es decir, la abolición del modo de producción capitalista, lo que hará posible la solución del problema de la vivienda. Querer resolver el problema de la vivienda manteniendo las grandes ciudades modernas, es un contrasentido. Estas grandes ciudades modernas podrán ser suprimidas sólo por la abolición del modo de producción capitalista [...] Sólo un reparto lo más uniforme posible de la población por todo el país; sólo una íntima relación entre la producción industrial y la agrícola, además de la extensión que para esto se requiere de los medios de comunicación –supuesta la abolición del modo de producción capitalista–, estarán en condiciones de sacar a la población rural del aislamiento y del embrutecimiento en que vegeta casi invariablemente desde hace milenios*”, Engels (1981[1873]), pp. 354-389.

El de Engels de 1845, sin embargo, fue sólo uno más de una larga serie de textos de denuncia de la miseria de la vida de las clases trabajadoras en las zonas urbano-industriales²¹. Junto a todos ellos surgirían también estudios de mayor ambición y proporciones que buscaban ofrecer una imagen documentada y veraz de la marginalidad que parecía acompañar indefectiblemente al fenómeno urbano, y que era origen de inseguridad y tensiones sociales, pues las desigualdades se hacían más patentes al convivir en un mismo espacio –aunque separadamente– el lujo y la miseria. Entre dichos estudios destacaron en particular el de Henry Mayhew (1812-1887), *London Labour and the London Poor* (1851; 1861), en cuatro volúmenes, y la monumental obra dirigida por Charles Booth (1840-1916) *Inquiry into the Life and Labour of the People in London*, que se desarrollaría entre 1886 y 1903 y cuya publicación definitiva, en diecisiete volúmenes, tendría lugar en 1903²². Estas cuidadas investigaciones empíricas de los problemas urbanos se inscribían a su vez en el afán de medición y análisis pormenorizado que debía preceder, o al menos acompañar, al diseño de posibles soluciones, y que también tuvo su reflejo en otros países²³. Un hito fundamental previo en esta misma línea empírica fue el amplio estudio del utilitarista Edwina Chadwick (1800-1890) sobre las condiciones sanitarias de la población urbana. El informe de Chadwick (1965[1842]), que se insertaba a su vez en la arraigada tradición decimonónica de higiene y salubridad pública, pretendía identificar las causas de la elevada mortalidad en las grandes aglomeraciones urbanas²⁴ para luego plantear reformas técnicas (estándares mínimos de salubridad y densidad, equipamientos, reglamentaciones, etc.), reformas que de hecho consiguieron buenos resultados, pues las tasas de mortalidad (y de natalidad) urbana disminuyeron en la

21. Williams cita algunos de ellos: *Ragged London in 1861*, de John Hollingshead, *A Night in a Workhouse* (1866) y *The Wilds of London* (1874) de James Greenwood, *How the Poor Live* (1883) de George Sims, *Children of Gibeon* (1886) de Walter Besant, y *Tales of Mean Streets* (1894) de Arthur Morrison. Además se refiere a las investigaciones de la Federación Social Democrática publicadas en la *Pall Mall Gazette* en 1883. Williams (2001), p. 278.

22. Sobre el impresionante trabajo de Booth, que pretendía ser una investigación empírica, impersonal y sistemática, basada en rigurosos datos estadísticos y en mapas descriptivos de las zonas de pobreza, puede consultarse el Charles Booth Online Archive (<http://booth.lse.ac.uk/>) de la London School of Economics.

23. En Francia, en la misma línea de estudios sociales empíricos estaría el de Frédéric Le Play (1806-1882) *Les Ouvriers Européens* (1855), y los aparecidos en la revista *Réforme Sociale*. En Alemania, los promovidos por Gustav Schmoller (1838-1917) a través de la Asociación para una Política Social (Verein für Socialpolitik). Naredo (2000), p. 20. En España, como se verá más tarde, el equivalente de esta línea de documentación estadística fue el estudio de Ildefonso Cerdà (1968[1867]) referido a las condiciones de vida de la clase obrera barcelonesa. Más tarde, su continuación serían los informes de la Comisión de Reformas Sociales.

24. Carter y Lewis señalan que en el Liverpool de 1840, por ejemplo, la tasa de mortalidad era del 71 por ciento, tres veces mayor que la que se daba en Inglaterra como media. Carter y Lewis (1990), p. 38. En el caso de la Francia de la Restauración, como indica Naredo, la tasa de mortalidad urbana era por término medio una vez y media superior a la rural. Según este mismo autor, tales diferencias se siguieron dando en Europa y Estados Unidos hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Naredo (2000), p. 20.

Inglaterra de finales del siglo XIX, hasta situarse por debajo de las del medio rural. Es decir, como ha señalado Naredo,²⁵ finalmente la ciencia y la técnica dieron una salida a la grave problemática impuesta por el crecimiento urbano-industrial, permitiendo reordenar las grandes ciudades y restaurar en cierto modo la confianza en el crecimiento urbano: “Se separó definitivamente la moral de la patología urbana, postulando que no hacía falta cambiar la sociedad, ni siquiera reducir el tamaño de las concentraciones urbanas, sino hacer que [para evitar enfermedades infecciosas] éstas se atuvieran a determinados estándares de salubridad”, tales como la mejora de las condiciones higiénicas de la ciudad y las viviendas (con la dotación de un *water closet* por familia), la separación del abastecimiento de agua de los vertidos, la pavimentación de las calles, la delimitación de su anchura en relación al tamaño de los edificios, la recogida de los residuos sólidos, la elevación de la altura de las chimeneas, la adecuada ventilación de las viviendas, o el control de la densidad urbana evitando un excesivo hacinamiento.

En definitiva, entendiendo que en último término los problemas de la ciudad eran esencialmente de polución ambiental e insalubridad, y por tanto eran problemas físicos a los que había que responder desde la tecnología y la infraestructura, a finales del siglo XIX los médicos higienistas, los urbanistas, y sobre todo los ingenieros pasaron a ocupar un lugar decisivo en la organización y planificación de las grandes ciudades, cuyo nivel de “civilización” vino a ser valorado también, entre otras cosas, por la eficiencia de sus sistemas de alcantarillado, abastecimiento de aguas y transporte, así como por sus espacios abiertos y zonas verdes²⁶. Pero pese a la efectividad de las respuestas “técnicas” que permitieron dar continuidad al modelo urbano de la ciudad industrial a finales del siglo XIX, Howard optaría por plantear una alternativa completamente nueva, que de algún modo era la culminación de la larga corriente intelectual de reacción frente a la ciudad industrial a la que se ha hecho referencia en esta sección.

25. Naredo (2000), p. 22.

26. Schultz y McShane (1992), pp. 81-86. En Estados Unidos, por ejemplo, esta visión marcadamente físico-técnica de la gestión urbana llegó a ser enfatizada de forma especial durante la Era Progresiva (1890-1920), como lo prueban libros como los de Richards (1911) o Flagg (1912), los cuales muestran la confianza en la tecnología aplicada a la resolución de problemas ciudadanos. Ya hacia mediados de siglo, sin embargo, era habitual ligar los problemas sociales de las grandes ciudades a un origen esencialmente físico. Así, por ejemplo, el urbanista F.L. Olmsted (1822-1903) –promotor y creador de muchos de los grandes parques de la Norteamérica decimonónica, como el Central Park de Nueva York o el Back Bay Fens de Boston– veía en la falta de amplios espacios abiertos la causa de muchos problemas urbanos. Al “traer la naturaleza a la ciudad” Olmsted no sólo pretendía proporcionar un lugar saludable de recreo, sino también un medio de aligerar la tensión nerviosa y la carga psicológica a la que se veían sometidos los urbanitas, e incluso un mecanismo de alivio de los antagonismos sociales. El parque –abierto al encuentro de todas las clases– podía contribuir a fomentar un sentido de comunidad y a desincentivar las actitudes anti-sociales (esto último desde la extendida creencia de la época en la influencia de la belleza en la educación moral de las personas). Además, tendría ventajas económicas de las que podría beneficiarse la ciudad en su conjunto, al atraer visitantes y revalorizar zonas concretas. Bender (1982), pp. 169-181.

Howard como reformador social: alcance e influencia de la “ciudad-jardín”

Fuentes intelectuales, síntesis de ideas y realizaciones

Los planteamientos de los socialistas utópicos (Owen, Fourier, etc.) sobre pequeñas comunidades en espacios rurales que reunieran en sí mismas actividades propias de las áreas urbanas junto con labores agrícolas, supusieron ya un primer intento de superación del contraste campo-ciudad. Sin embargo, los esfuerzos por llevar a la práctica estas ideas que buscaban una nueva sociedad basada en la cooperación y la armonía –y que tomaron América preferentemente como escenario– fueron un estrepitoso fracaso²⁷.

Por otra parte, como se ha visto en el anterior apartado, Ruskin y Morris habían apuntado ya la necesidad de integrar campo y ciudad en un nuevo modelo urbano, pero sería Ebenezer Howard (1850-1928), en *Mañana: una vía pacífica hacia la reforma social* (1898)²⁸, quien verdaderamente definiría la alternativa de la ciudad-jardín: de tamaño *limitado* (un máximo de 32.000 habitantes), rodeada por una amplia zona campestre de fácil acceso, interconectada por un sistema de ferrocarriles eléctricos, y social y económicamente equilibrada, dando acomodo a todos los sectores de actividad²⁹. La tierra sería propiedad de la municipalidad, lo que permitiría, por un lado, el control de la planificación urbana y el mantenimiento de la delimitación permanente entre las zonas de ciudad y las de campo, y por otro, que todos los incrementos en el valor del suelo derivados del desarrollo fueran a parar al uso público para mejorar los servicios urbanos, lo cual a

27. Véase González López (2002), p. 20. Como señala Gravagnuolo, desde la New Harmony, fundada en Indiana por Owen en 1826, pasando por el North American Phalanx, promovido por Considérant en Nuevo México en 1851 según esquemas de Fourier, hasta la Icaria de Texas (1848), la de Illinois (1849) y la de St. Louis (último intento de Cabet poco antes de su muerte en 1856), todo este tipo de experiencias fracasó. Gravagnuolo (1988), p. 66. Sin embargo, Batchelor cree que la idea de ciudad-jardín de Howard es en cierto modo una síntesis de más de cien años de pensamiento y experiencias sobre nuevas comunidades. Batchelor (1969), pp. 184-185. Entre ellas destacó especialmente la creación en Gran Bretaña en el siglo XIX de los pueblos industriales modelo que ha estudiado Ashworth (1969). En concreto, reconoció explícitamente haberse visto influenciado por el esquema de ciudad ideal planteado por J.S. Buckingham. Howard (1965[1902]), pp. 125-127.

28. En 1902 el libro sería reeditado, muy ligeramente revisado, bajo el título *Garden Cities of To-Morrow* (Ciudades-Jardín del Mañana). Esta es precisamente la edición que se utilizará aquí: Howard (1965[1902]).

29. La ciudad, cuidadosamente planificada, tendría una base circular, con una clara zonificación. Los servicios y edificios públicos, además de un gran parque, estarían situados en el centro, rodeados de un cinturón residencial en el que destacarían jardines y avenidas arboladas. Seis grandes bulevares radiales dividirían la ciudad en distritos iguales. En el perímetro exterior se situarían los ferrocarriles y las fábricas. Todo esto ocuparía unas 404,68 hectáreas. Más allá se extendería la zona rural (de unas 2.023,42 hectáreas), combinando bosques, amplias granjas, pequeñas explotaciones y huertas. En ella se ubicarían instituciones como hospitales, asilos y casas de convalecencia. Cuando la ciudad hubiera alcanzado su tamaño máximo se crearía otra, en un sistema regional de ciudades-jardín, que podría estar referenciado respecto a una ciudad “madre” algo mayor, de unos 58.000 habitantes. Véase Howard (1965[1902]), pp. 50-57 y 142-145.

su vez incrementaría el poder de atracción de la ciudad-jardín. Ésta disfrutaría además de las ventajas de lo rural y lo urbano: así, por ejemplo, la agricultura se vería estimulada por la existencia de mercados locales urbanos, mientras que los residentes en las granjas del área rural tendrían acceso a las oportunidades de la ciudad. Los encantos de la civilización y el saludable contacto directo con la naturaleza podrían disfrutarse igualmente, y trabajo, ocio y residencia podrían conjugarse sin problemas, evitándose las pérdidas de tiempo, energía y dinero, así como el quebranto en la vida comunitaria local, que suponían las necesidades de transporte en las cada vez más extensas metrópolis. Libertad y cooperación voluntaria presidirían la ciudad-jardín, dentro de un “individualismo asociativo” donde las cooperativas florecerían junto a las empresas privadas³⁰. Más allá de la propiedad comunitaria de la tierra no habría restricciones a la acción individual, dejando vía libre a la independencia e iniciativa individuales, sin paternalismos ni un control centralizado. Pero Howard pensaba que en todo hombre, junto la búsqueda del propio interés, había una natural consideración por sus congéneres, un espíritu cooperativo y una tendencia al esfuerzo combinado³¹. Simplemente, había que crear un entorno socioeconómico adecuado que permitiera aprovechar y amplificar esos impulsos desde el sentido de comunidad. Howard creía, por tanto, en un modelo diferente del capitalismo individualista victoriano o del socialismo de Estado, que se parecía mucho al defendido por anarquistas como Reclus o Kropotkin: comunidades autogobernadas y basadas en la cooperación voluntaria, que a su vez podrían asociarse entre sí³². Además, veía en ello la posibilidad de pasar de los elevados costes del suelo y la inestabilidad laboral asociados a las grandes ciudades, a las economías estables con bajos costes que caracterizarían a la red descentralizada de ciudades-jardín³³.

30. En el terreno de la construcción de vivienda, por ejemplo, Howard planteaba con claridad la preferencia por un modelo cooperativo. Por otra parte, consideraba la posibilidad de que servicios como hospitales, escuelas y bancos pudieran ser asumidos por el municipio (Howard, 1965[1902]: 56-7; 84; 87; 107; 116).

31. Howard (1965[1902]), p. 149.

32. A la discusión sobre ventajas e inconvenientes del individualismo y el socialismo Howard le dedica bastantes páginas. En especial véase Howard (1965[1902]), p. 113-115 y 130-137.

33. Lo que atraía a la gente a las grandes ciudades eran las numerosas oportunidades de empleo que compensaban su estacionalidad e inestabilidad. Los trabajadores estaban expuestos a que los constantes vaivenes de la actividad económica incidieran de forma negativa en el empleo; los empleadores, por su parte, al enfrentarse a periodos de auge y depresión, necesitaban de la amplia oferta de recursos laborales de las grandes ciudades; y ambos se veían condicionados por los altos precios del suelo urbano. Todo ello afectaba de forma particular a los obreros, forzados a vivir en lúgubres y caras viviendas, las únicas disponibles cerca de los grandes mercados de trabajo. La solución –apoyada en las nuevas tecnologías del transporte y la comunicación– era un movimiento coordinado de empleos y personas hacia lugares donde la tierra fuera barata. Allí los trabajadores podrían permitirse buenas viviendas cercanas a los lugares de trabajo, y las fábricas emplazamientos amplios y baratos sin ningún incremento de salarios o costes. Pero el prerequisite a todo ello era un grado de estabilidad en el empleo tal que los trabajadores pudieran depender de las limitadas oportunidades de empleo que era capaz de ofrecer una pequeña ciudad, y los empleadores abastecerse del mercado laboral urbano basándose en un grupo de empleados a largo plazo. Estas ideas –como ha mostrado Fishman (1992), p. 48– están implícitas en el diagrama (y el texto expli-

Es importante destacar que, pese a lo que habitualmente se ha pensado, las intenciones de Howard no eran meramente de diseño urbanístico, sino ante todo de reforma social, como bien lo explicitaba el título de su obra de 1898. Generalmente se han enfatizado las dimensiones prácticas de su trabajo –las formas “físicas” de su proyecto–, en vez de sus ideas de cambio social, que eran las que de verdad motivaban sus esfuerzos. De hecho, la ciudad-jardín de Howard era entendida por él mismo esencialmente como un vehículo para el cambio social³⁴. Su concepción básica, que hoy resulta inocente, era que la transformación social surgiría en un nuevo entorno físico urbano derivado de una cuidadosa planificación. En este sentido, lo que destaca en el planteamiento de Howard es la apuesta por una visión cooperativa –dentro de una economía de mercado– que evitase el conflicto social, así como el interés por una reforma de la tierra que condujese hacia un modelo de propiedad colectiva municipal (cuestión que ocupa una parte importante de su libro de 1898). Además, Howard pretendía revertir los incesantes flujos migratorios del campo a la ciudad, intentando revitalizar las zonas rurales, pues consideraba que el campo desempeñaba una parte esencial en la vida económica del país y que la suerte de las ciudades estaba inextricablemente unida a la del campo. En definitiva, Howard no sólo buscaba una simple alternativa urbanística a la ciudad industrial victoriana que –alejándose del crecimiento urbano ilimitado– permitiera mejorar el nivel de vida de sus habitantes, sino que su “programa” era mucho más ambicioso. Aspiraba ante todo a la reforma social.

Howard no recibió educación formal superior y fue en gran medida un autodidacta³⁵. Las influencias en la conformación de sus ideas sociales son muy diversas, y responden a unas lecturas eclécticas, en las que se aprecia la preocupación por la cuestión de la tierra y los problemas sociales asociados al éxodo rural y al rápido

cativo) de los tres imanes de Howard (1965[1902]), p. 45-49, quien a su vez las tomó de Marshall (1884), p. 224-226. Para éste último, la consecuencia económica de la concentración humana en grandes ciudades era un incremento del coste de la vida, mientras los salarios se mantenían bajos. Las altas rentas del suelo urbano conducían a elevados precios de la vivienda para los trabajadores y eran también un importante factor de coste para las empresas y fábricas que operaban en la gran ciudad, las cuales lo compensaban pagando bajos sueldos a los obreros no cualificados. A pesar de todo, las ciudades continuaban atrayendo a gentes del campo e inmigrantes, engrosando así desordenados suburbios ya abarrotados con la expectativa de encontrar un empleo. Pero las recientes innovaciones tecnológicas (teléfono, servicio postal, prensa, etc.) prometían revertir la tendencia hacia la concentración de los negocios en ciudades compactas, pues permitirían a las grandes manufacturas situarse a distancia de la ciudad sin grandes desventajas.

34. Esta es la tesis básica que defienden trabajos como los de Beevers (1988) o Hall (1988). En cierto modo, también es una idea clave en Fishman (1977), donde se comparan las ideas sociales de Howard con las de Wright y Le Corbusier.

35. Howard estudió sólo hasta los quince años. Inquieto, aficionado a los inventos y preocupado por las cuestiones sociales, antes de alcanzar una repentina fama con casi cincuenta años tras la publicación de su principal obra en 1898, fue –sucesivamente– oscuro oficinista, estenotipista y periodista.

crecimiento metropolitano. Como él mismo indicaba³⁶, la idea de la propiedad común de la tierra la derivó del pensador radical del dieciocho Thomas Spence y del sociólogo Herbert Spencer, que en la Inglaterra de la época gozaba de un prestigio intelectual incuestionable³⁷. Pero –como indica Aalen– también le influyó mucho en este sentido A.R. Wallace (1823-1913)³⁸, el científico codescubridor de la teoría de la evolución, que, además de escribir un libro de amplia aceptación, *Land Nationalisation. Its Necessity and its Aims* (1882), fue durante muchos años la cabeza visible de la Sociedad para la Nacionalización de la Tierra, la cual apoyó decididamente en los primeros momentos a la Asociación británica de la Ciudad-Jardín. La idea de aprovechar el incremento “no ganado” de la renta de la tierra para financiar los gastos ciudadanos la derivó Howard de Henry George y su impuesto único, pues su obra *Progreso y Miseria* (1985[1879]) fue un auténtico fenómeno editorial en Gran Bretaña al que casi nadie con ideas reformistas pudo sustraerse³⁹. Además de leer el libro, Howard escuchó directamente a George en su gira británica de 1882. Del mismo modo, la famosa novela utópica del norteamericano Edward Bellamy, *Looking Backward* (1888), que –como señala Buder (1990: 34)– el propio Howard se preciaba de haber contribuido a difundir en Gran Bretaña, fue otra influencia importante⁴⁰. Aunque finalmente el planteamiento descentralizado y cooperativo de Howard difirió de la utopía estatalista de Bellamy, le impresionó de éste su visión de un futuro ideal en el que se había superado pacíficamente el conflicto social y se había logrado una nueva civilización donde las ciudades aparecían radicalmente transformadas⁴¹. Parece también que Howard se vio atraído por los esquemas colonizadores de E.G. Wakefield –en concreto por su idea de una planificación racional de la emigración y del asentamiento en las colonias que permitiera lograr allí un equilibrio entre agricultura e industria, con una representación de todas las clases

36. Howard (1965[1902]), p. 122-125.

37. Curiosamente, desde la publicación de su *Estática Social* –donde hacía una delimitación de los derechos individuales–, Spencer (1966[1851], cap. IX) se convirtió en uno de los más firmes críticos del derecho de propiedad privada sobre la tierra. Para valorar en justo término la postura de Herbert Spencer (1820-1903) a favor de la nacionalización de la tierra –de la que se retractó casi al final de su vida, hacia 1892–, hay que tener en cuenta que fue un individualista radical, contrario a la intervención del Estado en la sociedad, y para muchos inspirador del “darwinismo social”.

38. Aalen (1992), p. 45-47.

39. Véase Howard (1965[1902]), p. 136.

40. En Gran Bretaña, donde se publicó en 1889, el libro de Bellamy vendió cien mil copias en los dos primeros años de su publicación y el propio Howard llegó a formar parte del Club creado en Londres (Nationalisation of Labour Society) para discutir e intentar promover las ideas de Bellamy. Buder (1990), p. 34-36.

41. Bellamy presenta un Boston del año 2000 sin barridas ni hacinamientos, libre de humos, de casas prácticas y no ostentosas, ordenado, amplio, con gran cantidad de arbolado, estatuas y fuentes, donde los edificios públicos de arquitectura clásica son el centro de la vida de la comunidad. En *Looking Backward*, un Estado dueño de los medios de producción, altamente centralizado y apoyado en la tecnología, garantiza seguridad de la cuna a la tumba, incluyendo empleo, ocio e incluso jubilación, ocupándose de la satisfacción razonable de todos los deseos y necesidades de los ciudadanos, que pueden así desarrollar sus facultades estéticas e intelectuales al máximo y viven en armonía en un entorno de abundancia. Bellamy (1996[1888]), p. 18.

sociales—, así como por las ideas de Marshall, que había enfatizado las posibilidades de desconcentrar las ciudades a través de la organización de industrias dispersas y el uso de nuevos modos de transporte⁴². En la segunda mitad de la década de 1880, Kropotkin, por entonces en Londres, ejerció asimismo una notable influencia en Howard, en particular en relación a sus ideas sobre descentralización industrial y cultivo intensivo como base de comunidades cooperativas y autogobernadas⁴³. Por otro lado, hay que referirse al círculo de reformistas con el que Howard mantuvo contacto: entre otros, A. Marshall, algunos socialistas fabianos como Bernard Shaw y el matrimonio Webb, o los empresarios W.H. Lever y G. Cadbury, quienes quizá pudieron contribuir a transmitirle unas ideas moderadas de reforma social gradual alejadas de la visión de Marx, que nunca aparece citado en los escritos de Howard⁴⁴. Finalmente, hay que hacer referencia al poso que pudo dejar en Howard su experiencia personal en Estados Unidos y su residencia en el gran Londres, así como los numerosos experimentos comunitarios a pequeña escala que se desarrollaron en la Norteamérica rural del siglo XIX⁴⁵.

Más que un pensador original, Howard fue un sintetizador de modos de pensar previos⁴⁶. Recogió y combinó una serie de inquietudes que en las últimas

42. Marshall (1884), pp. 224-225. Respecto al trabajo de E.G. Wakefield en cuestión, se trataba de *Art of Colonisation*, Londres, Parker, 1849. Véase Howard (1965[1902]), pp. 119-120. Marshall es con diferencia el autor más citado por Howard. Véase Howard (1965[2002]), pp. 66-74-76, 100, 121-122 y 142, en especial en relación a su citado artículo sobre los problemas urbanos (Marshall, 1884), aunque Howard también se refiere a un informe técnico de éste y a *La Economía de la Industria*. Parece que Howard no había leído a Wakefield ni a Marshall cuando publicó la primera edición de su libro en 1898, aunque conocía sus ideas por su círculo social. Las ideas de Wakefield probablemente también le eran familiares a través de los *Principios* de J.S. Mill. Véase Howard (1965[1902]), p. 119 y 121.

43. Howard (1965[1902]), p. 61. cita de Kropotkin *Campos, fábricas y talleres* (Londres, 1898). Sobre Kropotkin y Howard véase Clark (2003), pp. 89-90. Fishman sitúa a Howard en el grupo de pensadores descentralizadores del cambio de siglo, en un momento en el que las tecnologías que permitían una mayor dispersión poblacional estaban aún en su infancia (automóvil, teléfono, electricidad, etc.). Fishman (1997), pp. 23-64. Entre dichos autores incluye a A. Marshall, P. Geddes, P. Kropotkin y H.G. Wells (que llegaría a ser vicepresidente de la Asociación Inglesa de Ciudades Jardines). Aunque Howard fue el menos sofisticado intelectualmente de todos ellos, fue quizá el que unió de forma más atractiva la idea de descentralización a la de concentración en comunidades cooperativas y “auto-contenidas”.

44. Aalen (1992), pp. 32 y 32; Beevers (1988), pp. 13-14). Como R. Owen había hecho en New Lannark, W.H. Lever (1851-1925) y G. Cadbury (1839-1922) crearon pueblos industriales modelo para sus trabajadores, Port Sunlight y Bournville, cuya construcción comenzó en 1888 y 1895 respectivamente Buder (1990), p. 23. Edward y George Cadbury apoyarían además la celebración del primer congreso de la Asociación británica de la Ciudad Jardín, celebrado en 1901, y junto a W.H. Lever y A. Harmsworth (propietario del Daily Mail) serían accionistas principales de la Sociedad formada en 1902 para poner en práctica la idea de la ciudad-jardín.

45. En 1871, con 21 años, Howard emigró al Oeste de los Estados Unidos con idea de hacerse granjero. La experiencia no funcionó y se dirigió a Chicago, que entonces estaba en pleno proceso de reconstrucción y expansión después del gran incendio de 1871. La ciudad, donde permaneció hasta 1876, era famosa por su cinturón de extensos parques, y F.L. Olmsted —creador del Central Park de Nueva York— había diseñando allí el suburbio de Riverside con amplitud y extensas zonas verdes. Creese (1966), pp. 150-157; Hall (1988), p. 94; Buder (1990), pp. 7 y 28.

46. Mumford (1996[1938]), p. 394.

décadas del siglo XIX estuvieron muy presentes en el pensamiento reformista británico, como la cuestión de la tierra (respecto a la que se debatía sobre tipos de tenencia, tributación, nacionalización, incremento de los valores del suelo, etc.), el cooperativismo (ampliamente alentado e incluso practicado con éxito⁴⁷), o la preocupación por la revitalización de la vida rural como modo de aliviar los problemas urbanos e incluso como medio de mejorar el vigor y la eficiencia de la civilización británica⁴⁸.

Aunque las ideas de Howard consiguieron despertar un enorme interés en la sociedad británica, a la hora de su puesta en práctica éste tuvo que contemplar cómo sus ambiciosos propósitos sociales eran en gran medida arrumbados. Si bien en 1899 se había formado ya la Asociación Británica Ciudad-Jardín, el plan de construcción de la primera ciudad-jardín no empezó a despegar hasta que en 1901 asumió el liderazgo de la institución un prestigioso abogado, Ralph Neville, que –dejando en un segundo plano el reformismo social de Howard– consiguió atraer dinero, respetabilidad y habilidades organizacionales⁴⁹. Luego, los arquitectos del proyecto, Unwin y Parker –del movimiento *Arts & Crafts*–, se centrarían sobre todo en los aspectos más puramente técnicos y urbanístico-ambientales, en detrimento también de las consideraciones sociales. Letchworth, comenzada en 1904, tenía en 1914 unos 8.500 habitantes, pero su desarrollo fue lento y problemático, y el resultado quedó lejos de la idealizada sociedad cooperativa en la que se conjugaba una activa vida agrícola e industrial⁵⁰. En 1921 se pondría en marcha la construcción de una segunda ciu-

47. En el siglo XIX la creencia en la superioridad de la cooperativa como forma de organización empresarial no fue inhabitual entre los economistas. J.S. Mill o L. Walras, por ejemplo, fueron firmes creyentes en que la cooperativa –en virtud de dicha superioridad– se acabaría convirtiendo en la forma empresarial más extendida. En Inglaterra los apoyos al cooperativismo provinieron de distintas partes, destacando especialmente en este sentido el socialismo cristiano. En cuanto a las experiencias concretas, las cooperativas de consumo funcionaron bien y se multiplicaron en áreas industriales como Lancashire y Yorkshire, pero las agrícolas o de vivienda tuvieron en general una vida reducida.

48. Sobre este último aspecto véase la amplia discusión que hace Aalen (1992), pp. 36-39.

49. Neville, hombre práctico, respetado en el mundo de los negocios y con numerosos contactos –gracias a su pertenencia al partido liberal–, contrató como secretario a otro individuo pragmático y con amplias dotes organizativas, Thomas Adams. En 1903 la Asociación contaba ya con 2.500 miembros –frente a los 325 de 1900–, y en 1904 Neville había conseguido poner definitivamente en marcha la construcción de Letchworth, aunque de forma diferente a la planeada por Howard, quien para entonces había pasado a ser una figura simbólica. Neville formó un par de compañías, una para la compra del terreno –Garden City Pioneer Company– y otra por acciones para el desarrollo del proyecto –First Garden City Ltd.–, y atrajo el patronazgo de empresarios como Lever, Cadbury, Harmsworth o Thomasson. También consiguió la simpatía de las clases medias a través de un amplio programa de propaganda diseñado con habilidad. Buder (1990), pp. 79-90.

50. Sobre el proceso de construcción de Letchworth desde los ojos de un contemporáneo ferviente defensor de la ciudad-jardín, pero capaz de percibir con claridad la distancia entre el modelo y la realidad, véase Purdom, quien sin embargo hacía una valoración muy positiva del resultado. Purdom (1985[1913], pp. 39-62, lo mismo que Osborn años más tarde. Osborn (1965[1945], p. 3. La página web oficial de Letchworth permite hacer un recorrido fotográfico por la ciudad, con imágenes históricas y modernas de enorme interés (<http://www.letchworthgardencity.net/>).

dad-jardín, Welwyn, que suscitara ya mucha menor atención informativa y también quedaría lejos del ideal de Howard.

La difusión de las ideas de Howard y el movimiento internacional de “ciudades-jardín”

El libro de Howard, reeditado en 1902, conoció traducciones tempranas: al francés en 1903, al alemán en 1907, al ruso en 1912 y al checo. Pero también surgieron muy pronto estudios divulgativos, elaborados por autores de diversos países, que presentaban sus ideas –con mayor o menor fidelidad– a un público nacional, como ocurrió por ejemplo en el caso de Japón, Australia o Italia, entre otros. En 1904 se había celebrado en Londres el primer Congreso Internacional de Ciudades-Jardín, y antes de la Gran Guerra existían ya asociaciones “ciudad-jardín” en once países, con numerosos contactos cruzados entre ellas⁵¹. En 1913 se formó la Asociación Internacional de Ciudades Jardín, que vino a llenar un vacío, el de la planificación urbana, que a la postre se convertiría en un nuevo campo profesional⁵².

Es difícil determinar las razones concretas de esta rápida y amplia aceptación internacional⁵³. Evidentemente, subyacía un malestar compartido frente a los problemas asociados al crecimiento de las grandes ciudades y las preocupaciones urbanas estaban presentes en la agenda reformista de la mayoría de los países, buscando la “elevación física y moral de las clases trabajadoras”. Pero en algunos casos también pudo ser un factor de atracción la idea de encontrar una alternativa intermedia entre el individualismo radical y el socialismo de estado, la apuesta por un capitalismo más humano, libre de tensiones sociales y en el que –pese a diferencias ideológicas y de clase– primase la búsqueda de la armonía a través de la cooperación social. Además, Gran Bretaña seguía siendo un país de referencia que antes de la primera Guerra Mundial ejercía un claro liderazgo en el terreno de las cuestiones urbanas y de vivienda, y el movimiento *Arts & Crafts* –del que la ciudad-jardín era heredero– despertaba gran admiración entre las clases educadas⁵⁴.

51. Gran Bretaña, Alemania, Francia, Estados Unidos, Bélgica, Rusia, Italia, Holanda, Austria-Hungría, España y Suecia. También contó con una asociación propia la Polonia Rusa. En otros países, como Suiza, Australia, Noruega o Japón, aunque parece que no llegó a haber una asociación formal ciudad-jardín, el interés por las ideas de Howard fue muy significativo y sus delegados participaron activamente en los congresos y en la asociación internacional.

52. Hardy (1992), pp. 193-197; Buder (1990), p. 134.

53. Sin embargo, entre los académicos de las ciencias sociales el libro disfrutó de poca atención. Así por ejemplo, entre los economistas importantes sólo Marshall y Gide se interesaron por el libro de Howard, quizá porque éste no era un escritor “científico”, evitaba una terminología técnica, y su libro contenía poca documentación histórica y estadística. Osborn (1965[1945]), p. 10.

54. Buder (1990), pp. 133-134.

Alemania fue quizá el país continental con un movimiento “ciudad-jardín” más importante y temprano, pues la activa Asociación alemana, creada en 1902, tenía ya 2.000 socios sólo diez años después, y en 1909 ya había dado lugar a la exitosa experiencia práctica de Hellerau. Por un lado, los procesos de industrialización y urbanización habían sido particularmente rápidos e intensos, y además existía una preocupación por los altos y crecientes valores del suelo urbano que llevaban al hacinamiento⁵⁵. Por otro lado, dos años antes de que se tradujera el libro de Howard había aparecido ya una obra de Theodor Fritsch que planteaba un modelo bastante similar aunque sin gran detalle, y las ideas del arquitecto austriaco Camilo Sitte, que de algún modo enlazaban con la tradición de Morris, estaban muy difundidas⁵⁶. Hasta la Gran Guerra, el movimiento ciudad-jardín alemán aglutinó a profesionales y técnicos reformistas, a nostálgicos del pasado y a progresistas que buscaban una forma de comunidad para los nuevos tiempos, si bien desde 1911 se había empezado a abrir una brecha entre los que veían en la ciudad-jardín una vuelta a una sociedad tradicional y eran partidarios de formas arquitectónicas arcaizantes⁵⁷, y la vanguardia artística e intelectual, que apostaba por la innovación social y una arquitectura racionalista que utilizara materiales y técnicas modernas, en la línea de lo que luego sería la Bauhaus de Gropius⁵⁸.

En 1903 se creó la Asociación Francesa de Ciudades Jardín, que tendría gran influencia en el nacimiento de la belga en 1904⁵⁹. Fue impulsada por Charles Gide y Charles Rist, dos economistas importantes, teóricos del movimiento cooperativo, que rechazaban la inevitabilidad del conflicto de clase. Entre sus miembros había dos bloques. Por un lado un importante grupo de industriales (George Risler, Jules Siegfried, etc.), que –desde una postura pater-

55. Sólo entre 1870 y 1900 el porcentaje de alemanes viviendo en grandes ciudades pasó del 35 al 60 por ciento. Berlín era una gran metrópoli que seguía de cerca los pasos de la cogestionada Nueva York y las ciudades alemanas tenían fama de estar entre las más densamente pobladas de Europa. Buder (1990), p. 135.

56. Fritsch (1852-1933) publicó *La ciudad del futuro* en 1896. Su modelo de ciudad-jardín, lejos del reformismo humanista de Howard, se asentaba en una visión profundamente racista. Sus ideas fueron ignoradas por la Sociedad Ciudad-Jardín alemana, que tomó a Howard como único referente. Schubert (2004), p. 3. Por su parte, Camillo Sitte (1843-1903) y su obra de 1889 *El arte de construir ciudades*, establecía nuevos criterios de composición urbana inspirados en las cualidades de los tejidos históricos, e introducía indirectamente una forma de abordar los valores ambientales que permanecían en las viejas ciudades.

57. Mucho más tarde, durante la ocupación alemana de Polonia entre 1939 y 1944, algunos elementos del modelo de ciudad-jardín serían utilizados por los nazis en lo que pretendía ser una nueva planificación territorial. Fehl (1992), p. 88.

58. Buder (1990), p. 137.

59. Tras la Primera Guerra Mundial, tuvieron gran influencia en la reconstrucción de Bélgica las ideas de los urbanistas Unwin y Berlage, tomando como referente la ciudad-jardín de casas de alquiler y contando con el apoyo de la poderosa Société Nationale des HBM creada en 1919. No obstante, se adoptará una estética racionalista, basada en la sencillez de formas, y se prestará particular atención a las cuestiones de construcción económica (materiales, estandarización, etc.). Lambrichs (2001), p. 57.

nalista— estaban interesados en la idea de la ciudad-jardín en conexión con la cuestión de la vivienda obrera, y además formaban parte del *Musée Social*, una institución creada en 1894 y que se dedicaba a recoger información sobre relaciones industriales y condiciones de vida de la clase trabajadora. Dentro de este grupo, el abogado George Benoît-Lévy fue el portavoz principal, haciendo gala de una enorme actividad⁶⁰. Por otro lado, estaban los reformadores social-demócratas como Henri Sellier o Auguste Bruggeman, atraídos por los planteamientos de Howard de una reforma social y urbana de base comunitaria y local, y preocupados por mejorar pragmáticamente la vida ciudadana a través de iniciativas municipales. Puede concluirse, por tanto, que los planteamientos de Howard tuvieron impacto en Francia, pero muy distorsionados por los objetivos específicos de cada grupo —la mejora de la vivienda obrera y la de barrios y municipios concretos, respectivamente⁶¹.

Aunque la Asociación Rusa de Ciudades-Jardín consiguió tardíamente el beneplácito gubernamental para su constitución —en el año 1913— sus miembros se habían mostrado activos desde mucho antes y en poco tiempo consiguieron bastante proyección pública⁶². Eran profesionales que abogaban por una vía no revolucionaria al socialismo basada en la adquisición municipal de suelo y en esquemas cooperativos apoyados por capitalistas con preocupaciones sociales. Tras la revolución surgiría en 1922 una nueva asociación auspiciada por el Estado, que desapareció en 1928 cuando ya se habían impuesto por completo otras orientaciones urbanísticas en la Unión Soviética⁶³.

En Australia, donde los problemas urbanos eran mucho menos notorios que en Europa —al ser un país de asentamientos recientes, baja población y limitada emigración campo-ciudad—, las ideas de Howard calaron sin embargo entre amplias clases medias con aspiraciones de reforma, que creían que las mejoras sociales básicas podían lograrse transformando el entorno físico, lo que a su vez se consideraba una labor esencialmente técnica. Aunque no llegó a haber un movimiento articulado en torno a una asociación formal, los ideales de la ciudad-jardín influyeron de forma importante —pero pragmática— en la legislación y la actitud pública hacia la planificación urbana, con ejemplos prácticos

60. Benoît-Lévy fue secretario y luego presidente de la Asociación. Escribió en 1904 un libro de divulgación de la ciudad jardín en tres volúmenes. Gaudin (1992), p. 53. Más tarde, en 1907, influenciado por el británico J.W. Petavel, que a su vez se basaba en los esquemas de Arturo Soria, llegó incluso a intentar combinar dos visiones tan contrapuestas como la ciudad-jardín y la ciudad lineal. Buder (1990), p. 138.

61. Gaudin (1992), pp. 53-57 y 67-68.

62. La influyente revista de arquitectura *Goradskol Delo* promovió la realización de proyectos basados en la idea de “ciudad-jardín”, como el suburbio de Kaiserwald en Riga o la comunidad modelo para trabajadores Prozorvskaia. La prestigiosa Sociedad de Arquitectura de Moscú llegó a plantear un concurso para el diseño de una verdadera ciudad-jardín cerca de Ostankina, y el Ayuntamiento de Moscú consideró varios esquemas de viviendas modelo para trabajadores en suelo municipal. Buder (1990), pp. 139-140.

63. Buder (1990), pp. 139-140.

notables⁶⁴. Las propuestas de Howard de contenido más radical en general no interesaron, o si lo hicieron, como en el caso de las relativas al suelo, sólo llamaron la atención de grupos concretos como los georgistas, que en Australia llegaron a constituir una corriente destacada⁶⁵.

En Japón, donde Tokio vivía ya problemas de congestión importantes a comienzos del siglo XX⁶⁶, los principios de la ciudad-jardín despertaron un gran interés dentro del proceso general de asimilación de ideas occidentales. Fueron introducidos por primera vez en 1905, pero no a través de la obra de Howard, sino a través de la de otro escritor británico que divulgaba sus concepciones –A.R. Sennett. En 1907 aparecería un extenso libro sobre la ciudad-jardín editado por el propio gobierno japonés, y poco después el modelo sería difundido ampliamente por varios autores⁶⁷. Sin embargo, en la práctica las ideas de Howard se interpretaron exclusivamente en clave de suburbio jardín, y por tanto lejos de la propuesta original de una ciudad independiente y de tamaño limitado basada en principios cooperativos. De los muchos suburbios jardín construidos, el más ambicioso y sofisticado fue Denen⁶⁸.

En Italia, las ideas reformistas de Howard también despertaron un notable interés ya en la primera década del siglo XX, con el socialista Alessandro Schiavi como principal impulsor⁶⁹, la formación de una asociación ciudad-jardín, y la revista “Le case popolari e le città giardino” creada en 1909 como órgano de expresión. Pero como ocurriera en Japón, lo que finalmente cuajó en términos prácticos fue el suburbio jardín, como por ejemplo el llamado “Milanino”, promovido por L’Unione Cooperativa tras la visita a Letchworth de su presidente Luigi Buffoli en 1907. Por otro lado, más que la descentralización urbana, en Italia llamaron la atención las ideas estéticas relacionadas con el ideal reformista de la casa unifamiliar, considerada en sí misma un medio fundamental para favorecer la integridad física y moral de las personas⁷⁰.

En Estados Unidos las dos figuras clave en los inicios del movimiento ciudad-jardín fueron J. Strong y W.D.P. Bliss⁷¹, que en 1907 crearon la Asociación

64. Por ejemplo, algunos desarrollos urbanísticos en Canberra en los años veinte, la ciudad minera de Yallourn, o los asentamientos en nuevas zonas de regadío como Theodore en Queensland o Leeton en Nueva Gales del Sur. También se desarrollaron muchos suburbios jardín con menores pretensiones. Freestone (1992), pp. 116-119.

65. Freestone (1992), pp. 110-116 y 124-125.

66. La población se había más que triplicado desde 1868, hasta situarse en 2,6 millones de habitantes a principios del siglo XX. Oshima (1996), p. 140.

67. Watanabe (1992), pp. 70-73.

68. Oshima (1996), pp. 142-149.

69. Schiavi escribió *Le case a buon mercato e le città giardino* (1911) tras visitar en Inglaterra, en 1907 y 1909, el suburbio jardín de Hampstead, la ciudad-jardín de Letchworth y las villas modelo de Bournville y Port Sunlight. Este libro tuvo una gran influencia en Italia (Selvafolta, 2001: 76-7).

70. Selvafolta (2001), pp. 79-85.

71. El primero, director de los servicios sociales de Nueva York, asistió al primer congreso internacional de ciudades jardín celebrado en Londres en 1904, y el segundo, reformista convencido de la

Americana Ciudad-Jardín con el modesto propósito inicial de promover comunidades modelo para trabajadores gracias al apoyo de capitalistas ilustrados. El pánico financiero de ese mismo año, sin embargo, frustró este primer intento, pero las ideas de Howard siguieron difundiéndose en revistas de temática municipal –como *The American City* o *Municipal Affairs*– y se promovieron diversos esquemas urbanos basados en los principios de la ciudad-jardín, como *Forest Hills Gardens* en Nueva York, que por otro lado enlazaban con una cierta tradición ya existente en el país⁷². Sin embargo, la influencia más importante de Howard en Estados Unidos –trascendiendo sus propias ideas– se produciría en los años veinte gracias a la Asociación de Planificación Regional de América, con Lewis Mumford como alma intelectual y Clarence Stein como líder. Esta organización nacida en 1923 –en la que había desde ingenieros, arquitectos y urbanistas hasta economistas y abogados– haría una síntesis de las concepciones de Howard con las de Patrick Geddes (1960[1915]), las de los geógrafos franceses y las de algunos pensadores sociales y conservacionistas norteamericanos, buscando desarrollar sobre bases nuevas y amplias una ambiciosa idea de planificación regional. Al margen de algunas pequeñas realizaciones concretas, como *Sunnyside Gardens* en Nueva York (Queens) o *Radburn* en Nueva Jersey, lo importante es que los planteamientos teóricos de dicha Asociación tendrían una notable influencia posterior en las discusiones teóricas sobre ordenación territorial⁷³.

Es destacable que entre 1900 y 1923 –pero especialmente hasta 1914–, en la mayoría de los países las ideas de Howard consiguieran atraer la atención tanto del socialismo moderado como del reformismo conservador, al igual que había ocurrido en Gran Bretaña. Posteriormente, desde los círculos de izquierda la idea de ciudad-jardín empezó a ser vista cada vez más como una forma de paternalismo⁷⁴, y

necesidad de intentar combinar los principios del individualismo y del socialismo, visitó Letchworth y se reunió con los dirigentes de la asociación británica en 1905. Pero hay que destacar que, al difundir los planteamientos de Howard en Estados Unidos, ambos dejaron fuera la idea de propiedad municipal del suelo. Buder (1990), pp. 158-159.

72. Buder (1990), pp. 157-161. F.L. Olmsted, por ejemplo, había diseñado muchos barrios suburbanos “verdes”, entre otros en Berkeley (California, 1866), Brookline (Boston, 1881) y Riverside (Chicago, 1868). Pero frente al actual *sprawl* suburbano de ciudades como Los Ángeles, Olmsted concebía suburbios cercanos a los centros comerciales de las ciudades y estrechamente ligados a ellos, aunque con un carácter propio y peculiar. Su máxima preocupación era que el diseño del suburbio fomentase la sociabilidad, la cooperación y el sentido de comunidad. Bender (1982), pp. 182-184.

73. Shaffer (1992), pp. 128-132.

74. En general, salvo en Bélgica, en Europa continental el movimiento cooperativo estaba claramente separado de la mayor parte de las organizaciones y partidos obreros, que se orientaban hacia un marxismo más o menos moderado y hacia una retórica revolucionaria de lucha de clases más o menos atemperada. Precisamente, el movimiento ciudad-jardín se acabó identificando en buena medida con el movimiento cooperativo, y tendió a ser considerado paternalista y “pequeño-burgués” debido a su insistencia en la posibilidad de reconciliación entre capital y trabajo, así como en la promoción de viviendas para trabajadores en villas modelo. Buder (1990), pp. 141-142; Hardy (1992), pp. 193-198.

desde las vanguardias intelectuales y artísticas como un anacrónico intento de vuelta al pasado por su vinculación a la corriente estética *Arts & Crafts*. En 1919, tras el fin de la Gran Guerra y ante las necesidades de reconstrucción en diversas partes de Europa continental, el futuro aún parecía prometedor para el movimiento internacional de ciudades-jardín, pero en realidad hacia 1923 se inició un rápido declive⁷⁵.

En cualquier caso, no cabe duda de que a pesar de malentendidos, distorsiones y recepciones parciales e incompletas, las ideas de Howard tuvieron una increíble capacidad de arrastre durante el primer cuarto del siglo XX, y que después su influencia indirecta se dejó sentir a lo largo de toda la centuria. Con todo, es cierto que su reformismo social enseguida fue sustituido por muchos de sus seguidores por un mero reformismo urbano-ambiental⁷⁶, y que su modelo de ciudad-jardín –que demostró tener una gran potencia sugestiva– fue despiezado muy pronto en una colección de conceptos técnicos que luego serían reajustados y ensamblados a voluntad según diferentes contextos (suburbio jardín, villa industrial ajardinada, ciudad satélite, etc.)⁷⁷. Así, antes incluso del estallido de la Primera Guerra Mundial el modelo de ciudad-jardín –aunque seguía siendo reivindicado como un todo y había intentado plasmarse en su conjunto en lugares como Letchworth o Hellerau–, había sido ya separado en sus diversos elementos constitutivos, intentando buscar su amplia aplicación en las ciudades existentes (por ejemplo, en forma de suburbios jardín como el *Hampstead Garden Suburb*)⁷⁸.

75. En 1923 se celebró el último congreso en el que se mantuvo el consenso de planteamientos dentro de la Asociación Internacional de Ciudades-Jardín. En 1926 la asociación cambió de nombre (International Federation of Housing and Town Planning), desapareciendo definitivamente toda referencia a la ciudad-jardín, cuya promoción y principios dejaron de estar entre los objetivos explícitamente perseguidos por la organización. En 1928 se creó el influyente CIAM –Congrès Internationaux d’Architecture Moderne– con arquitectos como Aalto, Le Corbusier o Gropius, que abogaban por una estética racionalista y un estilo internacional. Por otra parte, los conceptos urbanísticos que habían caracterizado la idea de ciudad-jardín (baja densidad de viviendas, crecimiento limitado de la ciudad, estética basada en modelos tradicionales, etc.) llegaron a ser cuestionados incluso en la propia Inglaterra, donde en los años treinta se creó el Modern Architect Research Group ligado al CIAM. Buder (1990), pp. 148-156.

76. De forma involuntaria el propio Howard contribuyó a que los amplios propósitos sociales de su modelo se vieran oscurecidos por los aspectos puramente urbanístico-ambientales del mismo. El propio nombre elegido para su propuesta de ciudad, Garden City (que en principio iba a ser Unionville o Ruriville), parecía invitar a ello. Además, dicho nombre –que posiblemente tomara de William Morris– pasó a ocupar un lugar central en el nuevo título de la reedición del libro de 1902 (*Garden Cities of Tomorrow* en vez de *Tomorrow a Peaceful Path to Real Reform*). Beevers (1988), pp. 17, 40-54. Más tarde, en la construcción de Letchworth los arquitectos Unwin y Parker enfatizaron básicamente la idea del logro de un nuevo ambiente urbano más que la búsqueda de un nuevo modelo de sociedad. Ward (1992), p. 3.

77. Ward (1992), pp. 9 y 24.

78. Greese (1966), pp. 219-254.

El escaso impacto de la “ciudad-jardín” en España

Como se ha visto en el anterior apartado, hubo una distancia notable entre el modelo teórico de la ciudad-jardín de Howard, que era un ambicioso plan de reforma social que abarcaba diversas dimensiones, y las realizaciones concretas en cada país, basadas en interpretaciones parciales o sesgadas debidas a la mediación de los intereses y preocupaciones que dominaban en cada ámbito de recepción. Pero en cualquier caso, lo que resulta indudable –como también se ha visto anteriormente– es que las ideas de Howard consiguieron suscitar una gran atención a nivel internacional entre 1900 y 1923.

En el caso de España, sin embargo, con independencia de que luego se construyeran algunos suburbios ajardinados⁷⁹ y el término “ciudad-jardín” se acabara empleando indiscriminadamente –a menudo como simple señuelo publicitario–, hay varios aspectos que indican que las ideas reformistas de Howard despertaron un interés bastante menor que en otros países durante la época dorada del movimiento internacional de ciudades-jardín. En primer lugar, y de forma significativa, el libro de Howard no se tradujo⁸⁰. En segundo lugar, a pesar de desarrollar una labor encomiable, la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín –creada en Barcelona algo más tarde que la mayoría de las otras asociaciones europeas– nunca llegó a contar con más de ochenta socios a lo largo de su corta existencia (entre 1912 y 1923), y aunque intentó extender su actividad a todo el país no encontró fácil el objetivo⁸¹. En tercer lugar, la recepción y difusión del modelo de Howard dependió decisivamente de la labor de un solo individuo, Cebrià de Montoliu (1873-1923), que –como señala Masjuan⁸²– prácticamente desarrolló toda esa actividad de divulgación en solitario, “escasamente apoyado por los miembros de la Sociedad Cívica Ciudad Jardín”⁸³. Esto es cierto hasta tal punto que su dimisión

79. Un ejemplo singular fuera de Cataluña fue el suburbio jardín “La Castellana” de Burgos, construido entre 1923 y mediados de los años treinta. Véase Andrés (2001), pp. 110-117.

80. Parece que la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín planeaba una edición castellana hacia 1914, pero finalmente el proyecto no llegó a cristalizar. Arturo Soria, en un artículo escrito en 1899 con fines críticos –para ensalzar su propia propuesta–, fue quien dio una de las primeras noticias de la ciudad-jardín en España. Luego hubo una propuesta en 1901 de construcción de una ciudad-jardín en Neguri (Vizcaya) de J.I.I. Amann. Probablemente el primer libro extenso sobre la ciudad-jardín que circuló en España –en una interpretación bastante peculiar de las ideas originales– fue uno en francés de Benoît-Lévy publicado en 1904, y paradójicamente no el libro de Howard. Sin embargo, la verdadera labor propagandística de las ideas de Howard correspondió a Cebrià de Montoliu desde la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín. Castrillo (2001a), pp. 129-130. La primera traducción de Howard publicada en España es la recogida en Aymonino (1974), pp. 129-213.

81. Masjuan (2000), pp. 126-127. Como indica este autor, la sección de Madrid de la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín se constituyó por fin, de forma bastante tardía, en 1919. Desde 1915 Cebrià de Montoliu había estado intentando crear dicha sección con un grupo de socios de Madrid.

82. Masjuan (2000), p. 118.

83. Cebrià de Montoliu (1873-1923) fue abogado, literato y hombre de amplia cultura. Modernista admirador de Ruskin y Morris –en Cataluña el modernismo arquitectónico fue “un grito contra la industrialización” (Lluch, 1997), p. 202–, en 1901 Montoliu prologó y editó un ensayo sobre el primero presentándole como un claro enemigo del mundo industrial moderno, con su

como secretario de la Sociedad en 1919 significó *de facto* el fin de la asociación, que hasta su desaparición efectiva en 1923 pasó a convertirse en un mero agente inmobiliario, en la misma línea de lo que ocurrió finalmente con su órgano de difusión, la revista *Civitas*⁸⁴.

Lo que sorprende de la escasa atención que despertaron las ideas de Howard en España es que a priori el contexto parecía favorable para una recepción bastante más entusiasta. Al margen de la cuestión del menor grado de urbanización del país respecto a las economías europeas más avanzadas⁸⁵, lo cierto es que existían diversas corrientes reformistas de peso –como el krausismo, el catolicismo social o el georgismo– que compartían un cierto “malestar” respecto a la nueva realidad urbana y parecían coincidir con muchos de los objetivos que perseguía Howard. Sin embargo, como se mostrará a continuación, su reacción frente la gran ciudad y sus problemas se canalizó por otras vías distintas a la búsqueda de una alternativa global (como era el modelo ciudad-jardín). Además, desde el punto de vista estrictamente urbanístico, en España existió un importante competidor directo de las ideas de Howard, la “ciudad lineal” de Arturo Soria, que éste había planteado ya en 1882.

fealdad y sus males sociales, y en 1903 publicó una nueva obra de divulgación de sus escritos. En el caso de William Morris, Cebrià de Montoliu fue el responsable del prólogo y la biografía que acompañaron a una edición catalana de su novela utópica *Noticias de ninguna parte* en 1918. En 1909 Montoliu se había convertido en el bibliotecario del recién creado Museo Social de Barcelona (1908), y en 1910 había viajado a Alemania, comisionado por el Museo Social y pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, visitando el Museo de Charlottenburgo y el Museo del Trabajo de Munich –dedicados al mundo obrero– y asistiendo a la Exposición Universal de Construcción Cívica de Berlín. A su regreso, impulsó la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín (1912) y la revista *Civitas* (1914), y dio conferencias y publicó diversos textos –en especial Montoliu (2001[1913])– divulgando el modelo de ciudad-jardín de Howard en conjunción con las ideas de la Ciencia Cívica de Patrick Geddes (1854-1932), siendo nombrado en 1914 miembro del comité ejecutivo de la asociación internacional de ciudades jardín. En 1919, sin embargo, decepcionado y frustrado tras el cierre del Museo Social y la paulatina tergiversación del ideal de la ciudad-jardín desde la propia Sociedad, se autoexilió en Estados Unidos, donde moriría cuatro años después. Masjuan (2000), pp. 94-95, 136-137; Castrillo (2001a), pp. 132-133; Barreiro (1991), pp. 74-80.

84. Masjuan (2000), pp. 130-135. *Civitas* –al igual que la propia Sociedad Cívica La Ciudad Jardín (véase SCCJ, 2001)– no se limitó únicamente a la simple transmisión de la obra de Howard, sino que en sus páginas la ciudad-jardín –bien diferenciada de sucedáneos– se fundiría con un universo temático más amplio (planificación urbano-regional, vivienda obrera, cooperativismo, protección del entorno natural, etc.) dejando entrever –entre otras– la influencia del reformismo francés (en concreto de la sección de higiene urbana y rural del *Musée Social* y de la *Société française des habitations à bon marché*). Castrillo (2001a), pp. 128-129; Masjuan (2000), pp. 110-112.

85. Según señala David Reher, mientras en Gran Bretaña había 28 ciudades con 50.000 o más habitantes ya en 1851 y en Alemania había 73 en 1900, en la España de 1900 había sólo 18 ciudades de ese tamaño. Reher (1990), p. 283. Con todo, la urbanización fue un fenómeno innegable, y la proporción de población viviendo en ciudades se dobló entre 1860 y 1930. Véase Carreras y Tafunell (2005), p. 459.

El krausismo y la opción “técnica”: la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales

El krausismo, a través de la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales, encarnó en España la respuesta “técnica” frente a los problemas de la ciudad industrial, respuesta que en Gran Bretaña –como se ha visto– había estado representada entre otros por Chadwick y Booth. Esta opción “técnica”, centrada en la simple reforma y reordenación urbana y por tanto diferente de la búsqueda de una alternativa global –como la implicada por el modelo de ciudad-jardín–, enlazaba con la larga tradición del higienismo decimonónico, que en nuestro país contaba con bastantes ejemplos importantes antes de la Restauración. En particular, destacaba especialmente el estudio de Cerdà sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora barcelonesa⁸⁶.

La Comisión de Reformas Sociales, creada en 1883 y operativa hasta 1903, supuso el primer intento de institucionalizar la reforma social en España y tuvo en el krausista Gumersindo de Azcárate (1840-1917) a su principal inspirador intelectual. Entre 1889 y 1893 la citada Comisión publicó una serie de informes sobre las condiciones materiales y morales de la clase obrera, un tipo de estudio que era común en los distintos países europeos inmersos en procesos de industrialización. Pues bien, como ha mostrado Antonio Buj, el peso de la cuestión urbana en dichos informes fue fundamental, y ello no sólo por la distribución geográfica de las comisiones informativas que los elaboraban, que era totalmente urbana, sino también por buena parte de su temática, que conectaba con los problemas generados en la nueva ciudad industrial (higiene, viviendas obreras, desarraigo, etc.)⁸⁷. Se trataba de recabar la información necesaria para luego llevar a cabo las actuaciones tendentes a mejorar el bienestar de los trabajadores⁸⁸.

En 1903, como continuación de la Comisión, se creó el Instituto de Reformas Sociales, activo hasta 1924. Mantuvo la inspiración krausista, con la presencia destacada de los discípulos de Azcárate, Adolfo Álvarez Buylla

86. *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona, en 1856* (en Cerdà, 1968[1867]: vol. II). Para un análisis de la monografía en el contexto histórico en el que se gestó, Estapé (2000: 182-218). Buj (1994), p. 2, señala otros ejemplos en la misma línea: F. Méndez Álvaro, *Consideraciones sobre la higiene pública y mejoras que reclama en España la higiene municipal* (Madrid, 1853); P.F. Monlau, *Higiene industrial. ¿Qué medidas higiénicas puede dictar el Gobierno a favor de las clases obreras?* (Madrid, 1856); o J. Salarich, *Higiene del tejedor ó sean medios físicos y morales para evitar las enfermedades y procurar el bienestar de los obreros ocupados en hilar y tejer el algodón* (Vich, 1858). También habría que aludir a las numerosas topografías médicas: véanse en este sentido Urteaga (1980) y Puigvert (1997). J. Gómez Mendoza discute las manifestaciones del higienismo relacionadas con el arbolado y las zonas verdes en el Madrid decimonónico. Gómez Mendoza (2003), pp. 120-147, 91-97. Casals aborda en un sentido similar el caso de Barcelona. Casals (1996), pp. 229-231.

87. Buj (1994), p. 5.

88. Malo Guillén (2005), p. 118.

(1850-1927) y Adolfo González Posada (1860-1944), y también siguió prestando una atención prioritaria a las cuestiones relacionadas con el medio urbano y sus problemas (hacinamiento, insalubridad, etc.). Con sus actuaciones en este y otros terrenos, el objetivo último del Instituto –desde una posición krausista de “liberalismo templado”, que lejos del liberalismo extremo evitaba también el socialismo⁸⁹– era el logro de la armonía social, aunque finalmente se fracasara en el intento⁹⁰.

La relación del Instituto de Reformas Sociales con el movimiento ciudad-jardín no debe llevar a engaño. Es cierto que Adolfo González Posada llegó a formar parte de la sección madrileña de la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín, que a su vez se constituyó en 1919 a instancias del Instituto⁹¹. También es verdad que éste mantuvo relaciones habituales con el Museo Social de Barcelona, y que además fue probablemente la primera entidad española que estableció contacto directo con el círculo fundacional de la ciudad-jardín a través de los congresos internacionales de casas baratas de Lieja (1905) y Londres (1907)⁹². Sin embargo, sería un error pensar que desde el Instituto se apostó por las ideas de Howard en su sentido original, como un modelo alternativo a la gran ciudad. Lo que interesaba en este organismo público en relación al medio urbano era casi en exclusiva el problema de la habitación popular y la vivienda obrera. Lo demás resultaba absolutamente anecdótico, y la noción de “ciudad-jardín” se usó como simple referencia a urbanización de baja densidad ajardinada o como un mero calificativo para aumentar el atractivo de propuestas concretas⁹³. Fue por tanto una actitud completamente diferente a la de la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín, que aunque también abordó –entre otras– la cuestión de la habitación popular, hizo una verdadera apuesta por la “ciudad-jardín” como modelo alternativo gracias al empeño de Montoliu⁹⁴.

89. Malo Guillén (2001), p. 392.

90. Para ello –como indica Malo Guillén (2005), p. 125– hubiera hecho falta, “por un lado, reconducir el movimiento obrero hacia su reformismo, obviando las tesis revolucionarias, y por otro, democratizar efectivamente el régimen de la Restauración para posibilitar la participación real de las masas. Malo Guillén (2005), p. 125. A pesar de algunos hitos destacables, en ninguna de estas vertientes se consiguió el menor avance permanente. Es cierto, sin embargo, que durante un corto periodo de tiempo se logró la colaboración del socialismo con el Instituto, pero las limitaciones instrumentales y los avatares políticos acabaron por poner término a los sueños de armonía, cada vez más alejados de la realidad”.

91. Masjuan (2000), p. 126-127.

92. Castrillo (2001), p. 130n.

93. Sobre la utilización por el Instituto de Reformas Sociales del término ciudad-jardín vinculado a la vivienda social, Castrillo (2001b), p. 103-117. Sobre la vivienda social en Madrid y la actuación del Instituto en su “etapa krausista” (hasta la llegada a la presidencia del mismo del vizconde de Eza en 1919), véase Barreiro (1991), p. 47-49.

94. En 1912 hubo unas jornadas sobre la habitación popular en Barcelona y Madrid organizadas por la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín (en las de Madrid colaboró el Instituto de Reformas Sociales) Castrillo (2001a), p. 140. Según Tatjer (1997), p. 6-7, Montoliu creía que las fórmulas cooperativas eran el nexo que unía construcción cívica, habitación popular y ciudad jardín.

El rechazo del mundo urbano y el antimquinismo: el agrarismo social-católico

La Doctrina Social de la Iglesia, construida inicialmente a partir de la encíclica *Rerum Novarum* –promulgada por León XIII en 1891– y luego completada en 1931 por la *Quadragesimo Anno* –de Pío XI–, tuvo en España una influencia notable. Es cierto que no llegó a reflejarse en programas de acción de movimientos políticos de masas (como en Alemania, Bélgica o Italia), pero sí se materializó en una serie de organizaciones que articularon una vasta red de influencias políticas y de opinión. Asimismo, su influencia se dejó notar en el pensamiento español de finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX⁹⁵.

Dentro del pensamiento económico vinculado a la Doctrina Social de la Iglesia desempeñaba un papel decisivo la oposición campo-ciudad. La preferencia que se otorgaba a la actividad agraria iba de la mano, por un lado, de la condena de la sociedad urbana, que se asociaba a desigualdades extremas, degradación moral y pugna continua, y por otro lado, de un marcado anti-maquinismo, que conducía a una censura de las grandes fábricas y su negativo impacto psicológico y moral sobre los trabajadores. En definitiva, se rechazaba la ciudad industrial y de algún modo se apelaba a una “vuelta al campo” y a los valores tradicionales como forma de regeneración moral y social. En el fondo se preconizaba una organización corporativa de la actividad económica bajo el ideal del orden gremial pre-industrial, buscando así eliminar los conflictos sociales que caracterizaban el capitalismo liberal y los efectos desintegradores de la competencia de mercado (la cual se vinculaba al empobrecimiento material y moral de la mayoría). La gran ciudad era vista también como el lugar en el que el individualismo utilitarista y el materialismo adquisitivo imponían su dominio sobre el ámbito espiritual de los verdaderos valores humanos⁹⁶.

El corporativismo católico, en su crítica al mundo urbano-industrial basada en argumentos éticos, enlazaba esencialmente con lo que había sido la crítica román-

95. Según señalan Perdices y Reeder (2003), pp. 150-151), la influencia de la Doctrina Social de la Iglesia en autores como Arenal, Ganivet, Maeztu, Vázquez de Mella o Costa –entre otros– fue notable. Perdices y Reeder (2003), p. 150.151. Su ascendencia se dejó notar igualmente en el ideario económico de políticos como Cánovas y, sobre todo, Maura y sus seguidores. Luego, el corporativismo nacional-sindicalista, con Joaquín Calvo Sotelo a la cabeza, haría suya la preocupación ético-religiosa hacia el libre mercado, y posteriormente el pensamiento económico cristiano siguió formando parte integral del corporativismo autoritario liderado por Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera. Ya en la inmediata postguerra, la Doctrina Social de la Iglesia se convertiría –de forma explícita– en una de las principales inspiraciones del primer franquismo.

96. Fraile (1998), p. 172-175; Montero García (2001), p. 451-453. Esta visión negativa de la gran ciudad enfrentada a una concepción virtuosa de la vida rural (honestidad, integridad, frugalidad, lealtad, etc.) estuvo muy presente en Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, siendo particularmente compartida por el presidente T. Roosevelt Hays (1959), p. 268. También hubo una corriente similar en el Reino Unido en las décadas de 1920 y 1930. Bramwell (1990), p. 122-125.

tica. Aunque entre los miembros de la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín hubo algún miembro vinculado al catolicismo social, como el político conservador Luis Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, en general la actitud que definió al agrarismo católico español fue, más que la búsqueda de alternativas como la “ciudad-jardín”, la del simple rechazo de la gran ciudad –vista como un lugar hostil y alienante donde la población se aglomeraba cada vez más y se pervertían los valores humanos básicos– y la apuesta por el regreso a una sociedad tradicional con una importante base rural⁹⁷. En los años veinte y treinta esto se iría haciendo cada vez más marcado, como muestran muchos de los textos recogidos por Velasco⁹⁸. Además, hay que tener en cuenta que en España –a diferencia de otros países de Europa– la base casi exclusiva del crecimiento de las ciudades fue la recepción de inmigrantes procedentes del campo, lo que quizá pudo agudizar una percepción de despoblamiento del campo y de crisis de la sociedad agraria tradicional⁹⁹.

La actitud georgista frente al problema urbano

Frente a los que –como Marshall– asociaban el crecimiento de las ciudades en el siglo XIX a los imperativos de la nueva tecnología industrial¹⁰⁰, en *Progreso*

97. Como remarcan Osborn y Mumford, Howard nunca representó un anti-urbanismo nostálgico ni la “vuelta a la tierra”. No apelaba al regreso a un mundo rural, sino la integración armónica de lo rural y lo urbano. Osborn (1965[1945], p. 20; y Mumford (1965[1945]), p. 35.

98. Velasco (1982) reproduce explícitos textos de reacción ante el industrialismo y de idealización grandilocuente de la tierra desde finales del siglo XIX hasta mediados de la década de 1930, a cargo de autores como Ángel Ganivet, Eduardo Aunós, Luis André, Emilio Zuano, Ernesto Giménez Caballero, Javier Ruiz Almansa o Joaquín Azpiazu, entre otros. Velasco (1982), p. 234-239. Más allá del ensayo también pueden encontrarse claros ejemplos literarios de reivindicación de la vida campestre frente a los males de la civilización urbano-industrial, como *La Aldea Perdida* de Palacio Valdés: “*Los productos refinados de la industria, la moda y los deleites [de la vida urbana] corromperán nuestras costumbres, debilitarán nuestros cuerpos y no quedarán al cabo más que hombres afeminados y corrompidos, miserables sofistas, despreciables parásitos*”. Palacio Valdés (1991[1903], p. 115. Ya en 1845, frente a la creciente concentración industrial en Barcelona, la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País cantaba las alabanzas de la vida campestre frente a la degradada situación del obrero en la gran urbe. Bouza (1994), p. 8.

99. Las tasas anuales de crecimiento demográfico en las ciudades españolas (capitales de provincia) fueron, por periodos: 1,2% (1860-87), 1,2% (1887-1900), 1,2% (1900-10), 1,3% (1910-20), y 1.7% (1920-30). La base esencial de este crecimiento demográfico urbano fue la migración neta desde las zonas rurales y no el crecimiento natural, que en el mejor de los casos fue bajo como resultado de una menor fertilidad y una mayor mortalidad que en las zonas rurales. Las tasas de crecimiento natural de las ciudades en porcentaje fueron 0,46 (1860-87), 0,02 (1887-1900), 0,09 (1900-10), 0,19 (1910-20), -0,03 (1920-30). En otros países de Europa, desde comienzos del siglo XX, el crecimiento natural fue reemplazando gradualmente a la migración neta como el componente fundamental del crecimiento demográfico urbano. Reher (1990), p. 284-285.

100. Según Marshall, la máquina de vapor y el ferrocarril liberaron a las industrias de la necesidad de estar cerca de cursos de agua o yacimientos de carbón, con lo que las fábricas gravitaron hacia los grandes centros de urbanos, atrayendo a la población rural en busca de empleo en las ciudades. Las ventajas de la producción industrial urbana, no obstante, conllevaban efectos negativos como la despoblación del campo y la insana concentración de gente en ciudades ya abarrotadas. Marshall (1884), p. 224.

y *Miseria* Henry George había argumentado que el crecimiento de las ciudades en el siglo XIX se había debido en gran medida a fuerzas especulativas y por tanto había sido inducido artificialmente¹⁰¹. Sin entrar en detalles, sugirió que la confiscación del incremento “no ganado” de la renta del suelo a través del “impuesto único” conduciría automáticamente a la dispersión de la población y de la industria, surgiendo así una nación de pequeñas ciudades con industrias avanzadas, que conservarían unos alrededores bucólicos y unos emplazamientos verdes.

Como ya se ha señalado, en la década de 1880 Howard se había visto atraído por las ideas de George, y posteriormente en algunos lugares como Australia el movimiento georgista mostró cierto interés por el modelo de ciudad-jardín de Howard y también por su propuesta concreta de municipalización del suelo, pues aunque ésta no fuera coincidente con el ideario de George –dejar la propiedad en manos privadas y confiscar los incrementos de la renta pura de la tierra por la vía fiscal– al menos apuntaba en la misma dirección: emplear dichos incrementos en beneficio de la comunidad en su conjunto. En España, sin embargo, los georgistas –como grupo– no apoyaron explícitamente la ciudad-jardín ni se interesaron de manera específica por dicha propuesta. Aunque es cierto que el georgismo español no era una corriente homogénea –pues atrajo a gentes de diversas adscripciones ideológicas–, sí cabe afirmar que en cuanto a las cuestiones urbanas algunos georgistas se interesaron sobre todo por los problemas de escasez de vivienda en las grandes ciudades, y que a este respecto se limitaron esencialmente a defender la panacea del impuesto único para evitar la especulación con el suelo y favorecer la construcción de inmuebles¹⁰². La indiferencia del georgismo español por la ciudad-jardín contrasta, sin embargo, con el interés que mostró Montoliu –introdutor de Howard en España– por las ideas de George: el escritor catalán no sólo publicó una reseña crítica de un libro de Baldomero Argente sobre el economista americano, sino que incluso en sus últimos años en Estados Unidos –hacia 1921– intentó impulsar una “ciudad orgánica” en Fairhope (Alabama) financiada sobre la base de un impuesto sobre la renta de la tierra¹⁰³.

101. Henry George (1985[1879]), p. 291.

102. Por ejemplo, Julio Senador Gómez, uno de los principales representantes del georgismo español desde 1917, que se interesó especialmente por el problema de la escasez de vivienda en los años veinte y treinta, consideraba que la carencia de viviendas contrastaba con la abundancia de solares sin edificar esperando obtener grandes plusvalías, lo que hacía que los alquileres fueran en aumento: la importante demanda de vivienda de carácter permanente se enfrentaba a una oferta limitada a la que superaba con creces, por lo que muchos trabajadores veían cerrado su acceso a una vivienda digna. En la línea georgista, la solución para Senador era implantar un impuesto sobre el valor del suelo urbano, que se incrementaba continuamente y de forma significativa. De este modo, se podría eximir a los constructores de todas las cargas fiscales que ahora soportaban, y la tributación recaería sobre los propietarios de los solares incentivándoles a poner suelo a disposición de los primeros. Senador (1992), p. 289-360.

103. Masjuan (2000: 117; 137). La citada reseña apareció en el nº 18 del *Boletín del Museo Social de Barcelona*, en 1912.

Un competidor autóctono: el modelo de “Ciudad Lineal” de Arturo Soria

Arturo Soria (1844-1920) estuvo curiosamente entre los que dieron las primeras noticias del libro de Howard en España desde las páginas de su innovadora revista *La Ciudad Lineal*. Lo hizo siempre de forma despectiva y sesgada, obviando por completo los aspectos de reforma social recogidos en la obra de Howard e intentando resaltar la superioridad de su propio esquema de ciudad lineal, que había formulado por primera vez en 1882-1883, antes de que el inglés formulase su modelo¹⁰⁴. Así, por ejemplo, Soria comentaba refiriéndose a la ciudad-jardín de Howard: “este portentoso pensamiento de Elíseo Reclus (*todo lo extranjero es portentoso*)¹⁰⁵ no es más que una de las formas de ciudades, preparatoria de la Ciudad Lineal, estudiada y desechada por mí, como imperfecta, el año 1882”, en varios artículos aparecidos en *El Progreso*¹⁰⁶. Y remataba: “fuera del nombre [de ciudad-jardín], [...] todo lo demás no vale tres pitochos”. En un texto posterior¹⁰⁷, Soria, además de referirse con desdén a la ciudad-jardín como un simple perfeccionamiento de los pueblos modelo creados por “un fabricante de chocolates” y otro “de jabones”¹⁰⁸, destacaba aquellos aspectos que consideraba defectuosos del esquema de Howard frente a su ciudad lineal, entre ellos el hecho de que el ferrocarril no fuera la médula espinal que vertebraba el organismo urbano y la limitación impuesta de antemano a las posibilidades de crecimiento futuro de la ciudad¹⁰⁹. Concluía que su propuesta estaba por delante en la progresiva evolución de las formas urbanas: “Mono es a hombre, como Ciudad-Jardín es a Ciudad Lineal”.

En efecto, tanto la idea de que de la locomoción derivaban todos los problemas de urbanización, como la apuesta por un crecimiento urbano ilimitado, alejaban de forma irremediable el modelo de Soria del de Howard¹¹⁰. Además, a

104. Para un análisis detallado de la propuesta de ciudad lineal de Soria y del contexto en el que nació, Vélez (1983).

105. Cursiva en el original.

106. Soria (2001a[1899]), p. 153.

107. Soria (2001b[1904]), p. 156.

108. Soria se refiere aquí a Bournville, creado por Cadbury, y a Port Sunlight, creado por Lever.

109. Soria criticaba asimismo otros aspectos, tales como la despreocupación de Howard por cuestiones básicas de infraestructura como el suministro de aguas, o la menor anchura de las calles de la ciudad-jardín (32 m.) frente a la principal de la ciudad lineal (40 m.). Consideraba que las ciudades lineales, además de disfrutar también de amplias zonas verdes y casas unifamiliares, podrían ser ejes de una “inmensa triangulación cuyos vértices [fueran] las ciudades puntos actuales”. Soria (2001b[1904]), pp. 156-157. Posteriormente, en una extensa conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1913, Hilarión González del Castillo insistiría en las diferencias entre los modelos de Howard y Soria. Sin embargo, curiosamente, al referirse a ejemplos reales de ciudades jardín, no trató el caso de Letchworth, que era el único en esa fecha que intentaba plasmar las ideas de Howard de forma comprensiva. Se refirió más bien a simples suburbios jardín. González del Castillo (1913), p. 6-16.

110. En el aspecto del crecimiento urbano ilimitado, como en otros supuestos, el planteamiento inicial de Soria respecto a la ciudad lineal sufrió modificaciones por parte de sus seguidores. Así, por ejemplo, en el proyecto presentado por González del Castillo en la Exposición de Reconstrucción de Bruselas (1919) la zona residencial se circunscribía a 60.000 habitantes. Como indica Sambrico, desde 1914 González del Castillo intentó una imposible síntesis entre la idea de

diferencia de éste, Soria combinaba la capacidad de ideación teórica con un marcado carácter pragmático de hombre de negocios y hábil publicista, lo que le llevó a comandar su propia empresa para controlar la puesta en práctica de su proyecto¹¹¹. Pero, con todo, es interesante tener presentes también algunas similitudes significativas, entre otras, la noción de baja densidad –frente a la congestión y el hacinamiento– como medio de eliminar muchas de las “enfermedades sociales” ligadas a la grandes metrópolis, la importancia otorgada a “traer la naturaleza a la ciudad”, el intento de recoger de forma equilibrada todas las actividades económicas, la atracción por el pensamiento de Henry George, o la preocupación social (el acceso de los trabajadores a casas baratas, el interés por la búsqueda de un sentido cívico comunitario y por las posibilidades del cooperativismo, etc.)¹¹².

Debido quizá a estos puntos de contacto –y pese a los aludidos comentarios desdeñosos de Soria y sus constantes esfuerzos por comparar al alza su propio modelo frente al de Howard–, lo cierto es que las relaciones entre el movimiento internacional de ciudades jardín y los partidarios de la ciudad lineal fueron

ciudad lineal y los principios de la ciudad jardín, cuya formulación más explícita y acabada es de 1919. Sambrico (1992), pp. 154-155. Quizá buscaba premeditadamente aprovechar el gran “tirón” que las ideas de Howard venían teniendo en Europa desde principios de siglo.

111. En una primera etapa, tras terminar sus estudios de ingeniería, Soria estuvo vinculado al mundo de la política desde el republicanismo progresista, llegando a ser gobernador civil de varias provincias. Tras la I República se dedicó a los negocios, como la construcción o la explotación de los tranvías y de los mercados de Madrid. Además de haber introducido el tranvía en la capital, inventó un nuevo tipo de aparato telegráfico e intentó –en vano– traer el teléfono a Madrid. En 1894 creó la Compañía Madrileña de Urbanización para llevar a cabo la idea de su ciudad lineal, y más tarde puso en marcha una imprenta que editaba todo tipo de materiales. El carácter innovador de Soria fue siempre notable: en la Ciudad Lineal se ubicó el primer aeropuerto civil de la capital, realizándose los primeros vuelos en 1910 con asistencia de la familia real, y en 1914 Soria presentó un plan para crear una red de metro de cuatro líneas. Collins (1959a), pp. 41, 46 y 51).

112 “Ruralizar la vida urbana; urbanizar el campo”, fue uno de los eslóganes más utilizados para publicitar la ciudad lineal, muy similar a las máximas que luego se emplearían para la ciudad-jardín inglesa. El punto noveno del Decálogo de la Ciudad Lineal era literalmente “el retorno a la naturaleza”, y en él se apelaba a revertir el masivo éxodo rural. Además, la primera “Fiesta del Árbol” celebrada en España –antes incluso que la promovida por Puig y Valls en 1898– fue seguramente la de la ciudad lineal de 1897, y en ella se fijó un programa de plantación de 30.000 ejemplares. En el punto décimo del Decálogo se decía: “la ciudad lineal llevará a cabo una equitativa distribución de la tierra. Es un complemento a la doctrina de Henry George”. El hacer posible que cada trabajador poseyera su propio terreno fue un aspecto muy enfatizado, pues –siguiendo a George (autor sobre el que González del Castillo escribió con frecuencia en *La Ciudad Lineal*)– se pensaba que si todo el mundo pudiera ser dueño de la tierra que trabajaba ello contribuiría a regularizar la economía propia, pues aquella sería suficiente para proporcionar a cada hombre su comida (según el punto cuarto del Decálogo, un quinto de la tierra se destinaría a edificar y cuatro quintos a área cultivada). Bajo estas premisas, los terrenos y las obligaciones de la Compañía estuvieron disponibles desde el principio sobre la base de pequeños pagos mensuales. En 1907-1908, además, se organizó una cooperativa de trabajadores para mejorar las oportunidades de éstos. Las escuelas y las oportunidades de ocio (deportes, teatro, etc.) también estuvieron entre los primeros elementos de la ciudad lineal, intentando así crear un clima de solidaridad comunitaria. Collins (1959a), p. 43-53.

relativamente frecuentes y amigables¹¹³. De cualquier forma, lo que interesa destacar aquí es que la ciudad lineal representó una alternativa en competencia directa con los intentos de Montoliu por conseguir un mayor arraigo de la idea de ciudad-jardín en España. Frente a los intentos de éste por marcar diferencias entre el verdadero modelo defendido por Howard y las interpretaciones parciales del mismo, los seguidores de Soria alentaron la confusión. En este sentido, hay que destacar que la actividad del grupo de Soria en el terreno de la propaganda y la difusión de la ciudad lineal fue intensa y tenaz desde principios de la década de 1890 hasta 1934. Y no sólo fue importante en el ámbito nacional –artículos en prensa, folletos publicitarios, conferencias y una longeva revista¹¹⁴–, sino también en el internacional –con asistencia a congresos, publicaciones y contactos diversos¹¹⁵–. Pese a que los resultados efectivos nunca respondieron a las expectativas –Terán habla de “la frustración de la ciudad lineal”¹¹⁶–, Soria se acabaría convirtiendo con el tiempo en un claro predecesor de las diversas propuestas de planificación lineal urbana desarrolladas en el mundo occidental en los años treinta y cuarenta¹¹⁷.

113. Véanse los numerosos ejemplos en este sentido que cita Collins (1959b: 80). Este autor también da cuenta específicamente de las relaciones de la Sociedad Cívica La Ciudad Jardín con Soria y sus seguidores, destacando en especial el encuentro de 1913 en el Ateneo de Madrid y la conferencia del año siguiente de González del Castillo en el Ateneo de Barcelona. Éste último y Soria siempre tendieron a dar una visión deformada y simplista de las ideas de Howard, refiriéndose generalmente a una noción muy limitada del suburbio jardín.

114. Aunque existió una revista anterior entre 1895 y 1896, *La Ciudad Lineal* –con tal nombre– se editó entre 1897 y 1932. A ésta le acompañaron panfletos breves y otras publicaciones, así como exposiciones públicas sobre la ciudad lineal en foros diversos. En todos los casos, la comparación con la ciudad-jardín –y el intento por demostrar la superioridad respecto a ésta de la propuesta de Soria– fue una constante.

115. Durante 1915 y 1916, en cada número de *La Ciudad Lineal* apareció una síntesis de las propuestas de Soria en varios idiomas junto a una exposición resumida de las diferencias frente a la ciudad-jardín, lo que indica que la revista debió tener cierta circulación internacional. Por otra parte, los principios de la ciudad lineal fueron presentados en diversos congresos por los hijos de Soria o por sus seguidores, principalmente el abogado y diplomático H. González del Castillo, quien incluso llegó a publicar varios trabajos sobre el tema en el extranjero. En 1913, por ejemplo, el modelo de ciudad lineal se expuso en el Congreso Científico de Madrid y en el Congreso Internacional de Planificación de Gante; en 1919 en la Exposición de Reconstrucción de Bruselas y en el Congreso Nacional de Ingeniería de Madrid; en 1926 en el Congreso Internacional de Vivienda y Planificación Urbana de Viena, y en 1931 en el de Berlín. A lo largo de los años veinte las revistas especializadas internacionales empezaron a dar crecientemente noticias sobre la experiencia de planificación lineal de Madrid. Por otra parte, las ideas de Soria llegaron a tener una influencia importante en Chile y en 1928 el francés Benoît-Lévy creó la Asociación Internacional de Ciudades Lineales, consiguiendo durante varios años que una sinopsis de sus reuniones anuales fuera publicada por la Liga de Naciones. Collins (1959a), pp. 46 y 48-51; Collins (1959b), p. 81.

116. Terán (1982), p. 73.

117. El proyecto de Arturo Soria nunca llegó a desarrollarse a la escala que él lo concibió: una corona urbanizada en torno a Madrid, recorrida por un ferrocarril-tranvía, de unos 55 kilómetros de longitud, uniendo Pozuelo y Fuencarral. Finalmente sólo se urbanizaron 5 kilómetros. Sin embargo, en las décadas de 1930 y 1940 la planificación de tipo lineal, que Soria fue el primero en proponer, fue planteada bajo esquemas diversos por Le Cobursier, L. Hilbersheimer, F. Lloyd Wright o J. Raymond, así como por los arquitectos soviéticos (plan 1928-1933) y los británicos del Modern

Conclusión

Según señala Samuel Hays, el papel de la urbanización y del crecimiento de la ciudad industrial en la transformación del entorno ha sido históricamente importante¹¹⁸. Quizá por ello la ciudad ha sido origen y fuerza sustentadora del compromiso de la gente respecto al medio ambiente y la mejora de su calidad. Lo cierto, en cualquier caso, es que el problema del crecimiento urbano sigue abierto y que perviven bajo nuevos ropajes algunas de las cuestiones que se plantearon en el siglo XIX con el desarrollo de la ciudad industrial. Sólo por eso ya merecería la pena releer *Ciudades jardín del mañana* o *Mañana: una vía pacífica hacia la reforma social*. Pero, además, hoy resulta imposible rastrear los orígenes de la idea de planeamiento urbano sin detenerse en la figura de Ebenezer Howard, cuya influencia en este campo ha sido fundamental a lo largo del siglo XX. Sin embargo, sus pretensiones originales fueron mucho más allá del simple diseño urbanístico para adentrarse de lleno en el terreno de la reforma social. Sintetizando fuentes intelectuales muy diferentes, que iban de Marshall a Kropotkin pasando por Spencer o Bellamy, Howard consiguió recoger en su modelo de ciudad-jardín toda una serie de inquietudes reformistas que se desarrollaron en Gran Bretaña en las últimas décadas del siglo XIX (cooperativismo, reforma de la tierra, revitalización rural, etc.). Su libro de 1898 supuso asimismo la culminación de una larga corriente intelectual de reacción frente a la ciudad industrial. Fue un auténtico *best seller* de amplia difusión entre posiciones ideológicas diversas, que dio lugar a un importante movimiento internacional entre 1900 y 1923. Tal como se ha mostrado, aunque las sugerentes ideas de Howard se interpretaron en la práctica de forma muy parcial, distinta según las propias circunstancias de cada país, en el ámbito del debate teórico consiguieron suscitar una considerable atención durante el primer cuarto del siglo XX en Alemania, Japón, Australia, Francia, Estados Unidos, Italia o Rusia, entre otros lugares.

En España, sin embargo, su impacto en ese mismo periodo fue muy limitado, tanto en comparación con lo sucedido en la mayor parte de dichos países como por razones concretas: el libro de Howard no se tradujo, y la labor de difusión de la barcelonesa Sociedad Cívica La Ciudad Jardín —que nunca llegó a contar con más de ochenta socios y encontró dificultades en su extensión territorial— dependió decisivamente del entusiasmo de un solo hombre, Cebrià de Montoliu. Es cierto que España tenía un nivel de urbanización menor que otros vecinos europeos, pero también lo es que en el país había corrientes reformistas —krausismo,

Architect Research Group (1937-42). Algo antes también habían propuesto modelos urbanos lineales otros autores, como el británico J.W. Petavel (en 1909-11), los norteamericanos M. Hastings (entre 1909 y 1919), E. Chambless (1910) y A. Comey (1923), e incluso —en cierto modo— el francés T. Garnier (1901-4). Collins (1959b), p. 85-93.

118. Hays (1998), p. 70 y 85.

corporativismo católico o georgismo— que, compartiendo un similar desencanto frente a la nueva realidad urbana, podían verse reflejadas en muchos de los planteamientos de Howard. A priori esto hubiera hecho suponer una acogida bastante más calurosa de los mismos, pero lo cierto es que ésta no se produjo. Peculiarmente, no sería hasta la década de los treinta —cuando la llama de la ciudad jardín ya se había apagado a nivel internacional— que las ideas de Howard recibirían verdadero respaldo en España, pero no desde posiciones reformistas, sino —como ha estudiado Masjuan— desde las filas anarquistas, pues había conexiones entre el modelo de sociedad apuntado en los textos de Kropotkin o Reclus y el urbanismo “orgánico” que Howard había propuesto en 1898¹¹⁹.

El krausismo de los Azcárate, Álvarez Buylla y Posada optó por la vía pragmática de la reforma y la reordenación urbana, en la línea de lo que habían representado Chadwick y Booth en Gran Bretaña. Por tanto, nunca pretendió una búsqueda de alternativas completamente diferentes como era el modelo de ciudad-jardín. A pesar de que el Instituto de Reformas Sociales mantuvo ciertos contactos formales con el movimiento de la ciudad-jardín, su atención estuvo centrada casi en exclusiva en el problema de la vivienda social y la habitación obrera, y no se interesó verdaderamente por lo que significaban las ideas reformistas de Howard como un todo.

El corporativismo católico, bajo inspiración de la Doctrina Social de la Iglesia, rechazó de plano la ciudad industrial como una parte más de los males del maquinismo y el capitalismo liberal competitivo, defendiendo una postura agrarista y de “vuelta al campo” y no un nuevo modelo de ciudad. El rechazo vino argumentado esencialmente desde razones morales, centradas en el mundo de los valores, que a su vez enlazaban con la vieja retórica preindustrial anti-urbana que presentaba la ciudad como foco de corrupción —por contraposición a la virtuosa vida campestre. Este tipo de razones, aunque despojadas del soporte argumental del corporativismo católico, estaban ya apuntadas en escritores románticos como Wordsworth, Carlyle o Ruskin.

El movimiento georgista en España, a diferencia de lo sucedido en países como Australia, no apoyó la idea de ciudad-jardín ni se interesó por la propuesta de Howard relativa a la municipalización del suelo. A lo sumo, algunos georgistas —como Senador Gómez— se limitaron a tratar el problema de la escasez de vivienda en las grandes ciudades y los problemas de especulación con el suelo urbano, buscando la solución en la consabida panacea del impuesto único.

Por último, hay que reseñar que los intentos de Montoliu por conseguir un mayor arraigo de la idea de ciudad-jardín en España toparon con la competencia directa de la ciudad lineal de Soria, quien junto a sus seguidores desarrolló una constante labor de difusión y propaganda a nivel nacional e internacional desde principios de la década de 1890 hasta 1934. Soria estuvo entre los que dieron las primeras noticias sobre

119. Masjuan (2000).

la ciudad-jardín en España, pero dichas informaciones fueron siempre confusas y sesgadas, intentando resaltar las virtudes de su propio modelo. Éste –construido en torno a la idea de la locomoción y crecimiento urbano ilimitado– era muy distinto del de Howard, aunque tuviera con él algunos puntos de contacto.

BIBLIOGRAFÍA

- AALEN, F.H.A. (1992), “English Origins”, en WARD, Stephen V. (ed.) (1992), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman and Hall), pp. 28-51.
- ABELLÁN, J.L. (1981), *Historia crítica del pensamiento español*. Vol III. Madrid: Espasa-Calpe.
- ANDRÉS, G. (2002), “La Ciudad Jardín y Castilla: esplendor y ocaso de una utopía”. *Ciudades*, nº 6, pp. 99-122.
- ASHWORTH, W. (1951), “British Industrial Villages in the Nineteenth Century”. *Economic History Review*, vol. 3, nº 3, pp. 378-387.
- AYMONINO, Carlo (1972), *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- BARREIRO, P. (1991), *Casas baratas. La vivienda social en Madrid. 1900-1939*. Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos.
- BATCHELOR, P. (1969), “The Origin of the Garden City Concept of Urban Form”. *The Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 28, nº 3, pp. 184-200.
- BEEVERS, R. (1988), *The Garden City Utopia: a Critical Biography of Ebenezer Howard*. Londres: Macmillan.
- BELLAMY, E. (1996), *Looking Backward* [1888]. Nueva York: Dover Publications.
- BENDER, Thomas (1982), *Toward an Urban Vision. Ideas and Institutions in Nineteenth Century America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- BOUZA, J. (1994), “Una visión progresista del desarrollo urbano: el informe sobre vapores de la Academia de Ciencias de Barcelona”, en CAPEL, H.; LOPEZ PIÑERO, J.M.; PARDO, J. *Ciencia e ideología en la ciudad*, Valencia: Generalitat Valenciana, Conselleria d’Obres Públiques, Urbanisme i Transports. Vol. I, pp. 139-150 [<http://www.ub.es/geocrit/sv-3.htm>]
- BRAMWELL, A. (1990), *Ecology in the 20th Century*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- BUDER, Stanley (1990), *Visionaries and Planners*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- BUJ, Antonio (1994), “La cuestión urbana en los informes de la Comisión de Reformas Sociales”, en CAPEL, H.; LÓPEZ PIÑERO, J.M.; y PARDO, J. (coords.), *Ciencia e ideología en la Ciudad (II). I Coloquio Interdepartamental. Valencia, 1991*. Valencia: Generalitat Valenciana/Conselleria d’Obres Públiques, Urbanisme i Transports, 1994, p. 73-86 [se cita por *Scripta Vetera* 32, <http://www.ub.es/geocrit/sv-32ht>].
- CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (2005), *Estadísticas Históricas de España. Siglos XIX y XX: Vol. I*. Bilbao: Fundación BBVA.
- CARTER, H, y LEWIS, C. R. (1990), *An Urban Geography of England and Wales in the Nineteenth Century*. Londres: Edward Arnold.
- CASALS, V. (1996), *Los ingenieros de montes en la España contemporánea, 1848-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal.

- CASTRILLO, María A. (2001a), “El ‘evangelio’ de la ciudad-jardín, algunas notas sobre su difusión en España”. *Ciudades*, nº 6, pp. 127-149.
- (2001b), *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo de un debate: España, 1850-1920*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones de la Universidad.
- CERDÀ, I. (1968), *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona. Vol. II: La urbanización como un hecho concreto. Estadística urbana de Barcelona [1867]*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales (prólogo de Antonio Barrera y selección del anexo documental y bibliografía por Fabián Estapé).
- CHADWICK, E. (1965), *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain [1842]*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- CLARK, B. (2003), “Ebenezer Howard and the Marriage of Town and Country”. *Organization & Environment*, vol. 16, nº 1, pp. 87-97.
- COLLINS, G.R. (1959a), “The Ciudad Lineal of Madrid”. *The Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 18, nº 2, mayo, pp. 38-53.
- (1959b), “Linear Planning Throughout the World”. *The Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 18, nº 3, mayo, pp. 74-93.
- CREESE, Walter L. (1966), *The Search for Environment*. New Haven: Yale University Press.
- DICKENS, C. (1981), *Hard Times [1854]*. Toronto: Bantam Books.
- DIXON, R., y MUTHESIUS, S. (1988), *Victorian Architecture*. Londres: Thames and Hudson.
- ENGELS, F. (1976), *La situación de la clase obrera en Inglaterra [1845]*. Madrid: Akal.
- (1981), “Contribución al problema de la vivienda” [1873], en MARX, K., y ENGELS, F., *Obras Escogidas*. Moscú: Progreso, pp. 314-396.
- ESTAPÉ, F. (2001), *Vida y obra de Ildefonso Cerdà*. Barcelona: Península.
- FELH, G. (1992), “The Nazi Garden City”, en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 88-106.
- FISHMAN, R. (1977), *Urban Utopias in the Twentieth Century: Ebenezer Howard, Frank Lloyd Wright and Le Corbusier*. Nueva York: Basic Books.
- FISHMAN, R. (1992), “The American Garden City: Still Relevant”, en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 146-164.
- FLAGG, S. B. (1912), *City Smoke Ordinances and Smoke Abatement*. Washington: Govt. print. off.
- FRAILE, P. (1998), *La retórica contra la competencia en España (1875-1975)*. Madrid: Fundación Argentaria.
- FREESTONE, Robert (1992), “The Australian Garden City”, en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 107-126.
- GARCÍA CASTAÑEDA, S. (1992), “*Suum Cuique*: la experiencia aldeana y el bucolismo dieciochesco”, en VILANOVA, A. (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona, 21-26 de agosto de 1989*, Vol. II. Barcelona: PPU, pp. 1177-1183.
- GAUDIN, Jean Pierre (1992), “The French garden city”, en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 52-68.
- GEDDES, P. (1960), *Ciudades en evolución [1915]*. Buenos Aires: Infinito.

- GEORGE, H. (1985), *Progreso y Miseria* [1879]. Madrid: Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios.
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina (2003), *El gobierno de la naturaleza en la ciudad: ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- GONZÁLEZ DEL CASTILLO, H. (1913), *Ciudades jardines y ciudades lineales*. Madrid: Imprenta de la Ciudad Lineal.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Eduardo (2002), “Las utopías urbanas”. *Urbs. net*, nº 19-20, septiembre-octubre [http://www.urbs.net/urbanismo/urbsnet1920.doc]
- GRAVAGNUOLO, B. (1998), *Historia del Urbanismo en Europa. 1750-1960*. Madrid: Akal.
- HAINES, M.R. (2000), “The Population Growth of the United States, 1790-1920”, en ENGERMAN, S.L., y GALLMAN, R.E. (eds.), *The Cambridge Economic History of The United States*, vol. 2. Cambridge University Press: Cambridge, pp. 143-205.
- HALL, P. (1988), *Cities of tomorrow*. Oxford: Blackwell.
- HARDY, Dennis (1992), “The Garden City Campaign: an Overview”, en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 187-209.
- HAYS, Samuel P. (1959), *Conservation and the Gospel of Efficiency: The Progressive Conservation Movement 1890-1920*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- (1995), *The Response to industrialism, 1885-1914*, 2ª ed. Chicago: Chicago University Press.
- (1998), “The Role of Urbanization in Environmental History”, en S. HAYS, *Explorations in Environmental History. Essays*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp. 69-100.
- HOWARD, E. (1965), *Garden Cities of To-Morrow*. Cambridge (Mass.): MIT Press.
- HIRSCHMAN, A. O. (1992), “La industrialización y sus múltiples descontentos. El oeste, el este y el sur”. *Claves de Razón Práctica*, nº 25, septiembre, pp. 2-9.
- LAMBRICHS, Anne (2001), “Les Cités-Jardins en Belgique”. *Ciudades*, nº 6, pp. 57-74.
- LANG, M. H. (1998), *Designing Utopia: John Ruskin's Urban Vision for Britain and America*. Londres: Black Rose Books.
- LLUCH, E. (1997), “La arquitectura catalana modernista contra la industrialización”, en LLUCH, E., y COSTAS, A. (eds.), *Industrialización en España. Entusiasmos, desencantos y rechazos*. Madrid: Civitas, pp. 183-203
- MALO GUILLÉN, J.L. (2001), “El pensamiento económico del krausismo español”, en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles*, tomo 5. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores: Barcelona, pp. 389-450.
- (2005), “El krausismo económico español”, estudio preliminar a VV.AA., *El krausismo económico español*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 7-125.
- MANUEL, Frank E. y Fritzie P. (1981), *El pensamiento utópico en el mundo occidental. Vol. III: La utopía revolucionaria y el crepúsculo de las utopías (siglos XIX y XX)*. Madrid: Taurus.
- MARSHALL, A. (1884), “The Housing of the London Poor. Where to House them”. *Contemporary Review*, nº 45, febrero, pp. 224-231.
- MASJUAN, E. (2000), *La ecología humana en el anarquismo ibérico: urbanismo “orgánico”, neomaltusianismo y naturismo social*. Barcelona: Icaria.

- MONTERO GARCÍA, F. (1983), *El primer catolicismo social y la “Rerum Novarum” en España*. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas.
- (2001), “La crítica católica de la economía clásica y el primer catolicismo social (sobre el impacto de la ‘Rerum Novarum’ y la aportación de los católicos españoles al reformismo social), en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles*, tomo 5. Barcelona: Galaxia Gutenberg–Círculo de Lectores, pp. 451-493.
- MONTOLIU, C. (2001), *Las modernas ciudades y sus problemas* [1913] (los epígrafes referidos a la ciudad jardín), en *Ciudades*, nº 6, pp. 188-204.
- MORRIS, W. (1977), *Arte y Sociedad Industrial. Antología de Escritos*. Valencia: Fernando Torres Editor.
- (2000), *Noticias de ninguna parte* [1890]. Madrid: Minotauro.
- MUMFORD, L. (1965), “The Garden City Idea and Modern Planning” [1945], en HOWARD, E., *Garden Cities of To-Morrow*. Cambridge (Mass.): MIT Press, pp. 29-40.
- (1982), *Técnica y Civilización*. Madrid: Alianza.
- (1996), *The Culture of Cities* [1938]. Nueva York: Harcourt Brace & Co.
- NAREDO, J. M. (2000), “Ciudades y crisis de civilización”. *Documentación Social*, nº 119, pp. 13-37.
- OSBORN, J.F. (1965), “Preface” [1945], en HOWARD, E., *Garden Cities of To-Morrow*. Cambridge (Mass.): MIT Press, pp. 9-28.
- OSHIMA, Ken Tadashi (1996), “Denench?fu: Building the Garden City in Japan”. *The Journal of the Society of Architectural Historians*, 55 (2), pp. 140-151.
- PALACIO VALDÉS, A. (1991), *La aldea perdida* [1903]. Madrid: Espasa Calpe.
- PARSONS, K.C., y SCHUYLER, D. (eds.) (2002), *From Garden City to Green City*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- PERDICES, L., y REEDER, J. (2004), *Diccionario de Pensamiento Económico en España, 1500-2000*. Madrid : Síntesis.
- PUIGVERT, J. (1997), “Els metges higienistes i les topografies mèdiques”. *Recerques*, 35, pp. 99-106.
- PURDOM, C.B. (1985), *The Garden City* [1913]. Nueva York y Londres: Garland Publishing.
- REHER, David S. (1990), “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930”, en AD VAN DER WOUDE, A. HAYAMI, y J. DE VRIES (eds.), *Urbanization in History. A Process of Dynamic Interactions*. Oxford: Clarendon Press, pp. 282-299.
- RICHARDS, E. H. (1911), *Conservation by Sanitation; Air and Water Supply; Disposal of Waste*. Nueva York: J. Wiley & Sons.
- RUSKIN, J. (1998), *Sesame and Lilies* [1894], disponible en texto completo en Proyecto Gutenberg: <http://www.gutenberg.org/dirs/etext98/sesli10.txt>
- SAMBRICO, C. (1992), “De la Ciudad Lineal a la Ciudad Jardín. Sobre la difusión en España de los supuestos urbanísticos a principios de siglo”. *Ciudad y Territorio*, nº 94, pp. 147-159.
- SCHAMA, S. (1995), *Landscape and Memory*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- SCHUBERT, Dirk (2004), “Theodor Fritsch and the German (*völkische*) Version of the Garden

- City: the Garden City Invented two Years before Ebenezer Howard". *Planning Perspectives*, 19 (enero), pp. 3-35.
- SCHULTZ, S.K., y McSHANE, C. (1988), "To Engineer the Metropolis: Sewers, Sanitation, and City Planning in late Nineteenth-Century America", en MOHL, R.A. (ed.), *The Making of Urban America*. Wilmington (Delaware): Scholarly Resources Imprint, pp. 81-98.
- SELVAFOLTA, O. (2001), "Temi e luoghi della città-giardino in Italia nei primi decenni del novecento". *Ciudades*, nº 6, pp. 75-97.
- SENADOR, Julio (1992), *Castilla, lamento y esperanzas: escritos (1915-1935)*. Valladolid: Ámbito.
- SOCIEDAD CÍVICA LA CIUDAD JARDÍN (SCCJ)(2001), "La Sociedad Cívica La Ciudad Jardín" [1914]. *Ciudades*, nº 6, pp.183-185 [editorial del primer número de la revista *Civitas*].
- SORIA, Arturo (2001a), "La ciudad ideal. *The Garden City*. Ejecución de un pensamiento de Reclus" [1899]. *Ciudades*, nº 6, pp. 151-154 [originalmente publicado en *La Ciudad Lineal, revista de higiene, agricultura, ingeniería y urbanización*, Madrid, año III, nº 56, 5 de agosto de 1899].
- (2001b), "*Garden-City*. La *Cité-Jardin*" [1904]. *Ciudades*, nº 6, pp. 155-157 [originalmente publicado en *La Ciudad Lineal, revista de higiene, agricultura, ingeniería y urbanización*, Madrid, año VIII, nº 211, 20 de septiembre de 1904].
- SPENCER, Herbert (1966), *Social Statics* [1851] (*The works of Herbert Spencer*, Vol. XI). Osnabrück: Otto Zeller [http://oll.libertyfund.org/Texts/LFBooks/Spencer0236/Social-Statics/0331_Bk.html]
- TATJER, M. (1997), "Los orígenes de la vivienda social en Barcelona: las cooperativas de viviendas en el primer tercio del siglo XX", Documento de Trabajo - *Geocrítica* [<http://www.ub.es/geocrit/tatjbcn.htm>], comunicación presentada al Coloquio "El desarrollo urbano de Montreal y Barcelona en la época contemporánea: estudio comparativo", Barcelona, 5-7 de mayo.
- TERÁN, F. de (1982), *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900/1982)*. Madrid: Alianza.
- URTEAGA, L. (1980), "Miseria, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX". *Geocrítica*, noviembre, nº 29 [<http://www.ub.es/geocrit/sv-58.htm>]
- VALVERDE, M. (1991), "The City as a Moral Problem", en *The Age of Light, Soap and Water*. Toronto: McLelland and Stewart, pp. 129-154.
- VELASCO MURVIEDRO, C. (1982), "El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta". *Agricultura y Sociedad*, nº 23, pp. 233-273.
- VELEZ, Diana (1983), "Late Nineteenth-Century Spanish Progressivism: Arturo Soria's Linear City". *Journal of Urban History* 9 (2), pp. 131-164.
- WATANABE, S. (1992), "The Japanese Garden City", en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 69-87.
- WARD, S.V. (1992), "The Garden City Introduced", en WARD, Stephen V. (ed.), *The Garden City. Past, Present and Future*. Londres: E & FN Spon (Chapman & Hall), pp. 1-27.
- WILLIAMS, R. (2001), *El campo y la ciudad* [1973]. Buenos Aires: Paidós.

■

Unrest against the industrial city: social reform and the “garden-city” in Spain, 1900-1923

ABSTRACT

*Synthesizing very different intellectual sources -from Marshall and Spencer to Kropotkin and Bellamy-, E. Howard’s garden-city model was able to capture the interest in social reform which had arisen in Great Britain during the last decades of the nineteenth century, in relation to matters such as land reform, co-operativism or the reversal of migration flows from country to town. Moreover, his book *Tomorrow: a Peaceful Path to Real Reform* (1898) was the culmination of a long stream of criticism against the industrial city. It became widely known amongst different ideological positions and gave rise to an important international movement between 1900 and 1923. However, in Spain its influence was very limited during this period, despite the fact that there were several intellectual trends -such as krausism, catholic corporativism and georgism- which were concerned with social reform and were discontented with the new urban reality, sharing many of Howard’s insights. On the other hand, Cebrià de Montoliu’s attempt to spread the garden-city idea in Spain had to overcome the rivalry of Arturo Soria’s linear city.*

KEY WORDS: Industrial City, Garden-City, Social Reform, Spain.

■

El descontento frente a la ciudad industrial: reformismo social y “ciudad jardín” en España, 1900-1923.

RESUMEN

*Sintetizando fuentes intelectuales muy diferentes, que iban de Marshall a Kropotkin pasando por Spencer o Bellamy, E. Howard consiguió recoger en su modelo de ciudad-jardín toda una serie de inquietudes reformistas que se desarrollaron en Gran Bretaña en las últimas décadas del siglo XIX (cooperativismo, reforma de la tierra, revitalización rural, etc.). Su libro, *Mañana: una vía pacífica hacia la reforma social* (1898), supuso asimismo la culminación de una larga corriente intelectual de reacción frente a la ciudad industrial y tuvo una amplia difusión entre posiciones ideológicas diversas, dando lugar a un importante movimiento internacional de 1900 a 1923. En España, sin embargo, su impacto fue muy limitado durante ese mismo periodo, a pesar de que había corrientes reformistas -krausismo, corporativismo católico o georgismo- que, compartiendo un similar desencanto frente a la nueva realidad urbana, podían verse reflejadas en muchos de los planteamientos de Howard. Por otra parte, los esfuerzos de Cebrià de Montoliu por conseguir un mayor arraigo del modelo de ciudad-jardín se enfrentaron a la competencia directa de A. Soria y su ciudad lineal.*

PALABRAS CLAVE: Ciudad industrial, Ciudad-jardín, Reforma Social, España.

■